

Libro de claves de
**EL ÁNGEL
PERDIDO**



Índice

Portada

Advertencia

Prólogo

El ángel perdido, de la A a la Z

Análisis. Las raíces biográficas de El ángel perdido

Bibliografía recomendada

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Advertencia

Los editores recomiendan que este manual sea consultado después de haberse completado la lectura de *El ángel perdido*. Aunque se ha escrito poniendo especial cuidado en no desentrañar ningún aspecto de la trama de la novela, los temas descritos en estas páginas muestran todo su valor tras haber sido disfrutados en la narración.

Prólogo

Cómplices de Julia Álvarez

Por Javier Sierra

Mi intención era ambiciosa, lo reconozco. Cuando en la primavera de 2006 —todavía en el ojo del huracán de la promoción mundial de *La cena secreta*— decidí ponerme manos a la obra con la redacción de *El ángel perdido*, tenía claro que mi siguiente aventura literaria tendría que ser multidimensional. Por un lado, quería que se identificara de inmediato con las llamadas «novelas de búsqueda», esto es, con el espíritu profundo de textos como *La Odisea* de Homero, *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes, *El señor de los anillos* o el *Quijote*, cuyos protagonistas se ven obligados a perseguir un objeto, un ideal, una tierra o una criatura superior a ellos, valiosa e imprescindible para su propia supervivencia. Por otro, también era muy consciente de que esa llamada a la aventura debía ir acompañada de algo más. De ese rasgo sutil que ha definido todas mis novelas anteriores. Me refiero al descubrimiento real de fuentes arcanas de conocimiento, tan auténticas como escondidas, que nos hacen contemplar el mundo que habitamos con ojos diferentes. Con los de aquellos sabios del mundo antiguo que se sabían cercanos al Origen, sea éste cual sea.

Desde que *El ángel perdido* se publicara en España en el invierno de 2011, he percibido el brillo cómplice de quienes participan de esta búsqueda en los ojos de mis lectores. En Burgos, por ejemplo, el escaparate de la librería Hijos de Santiago Rodríguez se decoró con una frase que resumía esa emoción y que, al descubrirla, me estremeció: «Ahora comprendemos.» En Logroño

Félix Medrano, un taxista de Barcelona, me abordó al final de una de mis presentaciones «sólo» para decirme que la madrugada que escalé el monte Ararat y retransmití el momento a través de las ondas de la Cadena SER, él estaba de guardia en la Ciudad Condal y quitó el «libre» de su vehículo para poder seguirlo sin interrupciones. Y claro que también recuerdo Tenerife, donde una devota lectora, buscándole los tres pies al gato (pero poniendo en marcha la divertida «cábala fonética» que menciono en la novela), me dejó fuera de juego al establecer la inadvertida similitud acústica que existe entre Agri Daghi (el nombre kurdo del Ararat, clave en *El ángel perdido*) y Ágreda (el pueblo natal de la protagonista de mi primera novela, *La dama azul*).

Las anécdotas de esos *tête-à-tête* con los que desde el principio llamé «buscadores de la luz» las cuento ya por decenas.

Durante quince semanas —entre febrero y junio de 2011— recorrí 51.154 kilómetros, encontrándome con «aventureros» de 46 ciudades. El esfuerzo por compartir con ellos un rato de conversación, una lectura, un acto de presentación o un coloquio me hizo comprender en qué reside exactamente la fascinación que despierta esta novela. Su secreto —ese que codician no pocos escritores y editores para clonarlo— es que convierte a quienes la leen en compañeros de Julia Álvarez. Ella no sólo anhela reunirse con su marido secuestrado en Turquía, sino que durante su búsqueda de Martin descubre que es una mujer sedienta de verdad. Encuentra en su interior el apetito del conocimiento. Como si fuera ella la Eva que mordió la fruta del árbol del bien y del mal y se diese cuenta, de repente, de lo mucho que ignoraba del Universo que habita.

Julia nos representa a todos sin excepción. Es una persona formada en el mundo de la ciencia y la razón, pero necesitada de satisfacer esas preguntas del espíritu que nuestra civilización evita incluso formular. Y se ve impelida a buscar respuestas. A correr su gran aventura.

No me cabe duda de que si Julia hubiese dispuesto de un «mapa de letras» como el que propone este complemento a mi novela, hubiera llegado mucho antes de su meta. Pero, claro, nos hubiera privado de las incertidumbres que nos aporta lo desconocido y que son, al fin, las que pueden hacer crecer más a nuestro intelecto.

Tal vez no sea casual que ahora tú, que has finalizado la lectura de *El ángel perdido*, tengas este diccionario con sus términos clave en las manos. Con él accederás a la verdadera trastienda de conceptos, lecturas, fuentes, leyendas y hechos que sustentaron el armazón de mi novela. Y podrás, como yo hice, sumergirte en esa «historia maldita» de nuestra especie que persigo desde mi primer libro. Te adentrarás, pues, en ese relato primordial que se transmitía en voz baja desde antes del tiempo de Jesús y en el que se enseñaba que nuestra especie nació de un mestizaje divino. De una mezcla de sangres foráneas y autóctonas que nos convirtieron en lo que ahora somos: una desconcertante mezcla de ángeles y humanos.

Permíteme, pues, un último aviso antes de que leas este singular manual. De esta aventura, amigo lector, no hay retorno posible. El que abre por fin los ojos a algo importante es difícil que quiera volver a cerrarlos.

Nosotros, los humanos, somos así. Y me gusta.

Madrid, verano de 2011

NOTA SOBRE EL USO DEL DICCIONARIO

En las páginas que siguen, los términos impresos en negrita remiten a vocablos cuya descripción se incluye en este diccionario. Y las referencias seguidas de ► invitan a consultar los textos correspondientes de *El ángel perdido*.

El ángel perdido, de la A a la Z

A

Adamantas. Literalmente «piedras de Adán», aunque algunos vinculan el término al antiguo vocablo griego adama (adamas), que aludía a alguna clase de mineral de dureza inquebrantable. Platón, en el diálogo del *Timeo*, emparenta estas adamas con la parte más noble y pura del oro.

Sea como fuere, es la posesión de dos de estas piedras —con las que supuestamente se puede invocar a Dios y a otros seres superiores— la que articula la trama principal de *El ángel perdido*. En el capítulo 15 ► se desvela que «su origen era celestial. Tan únicas como las rocas que se trajo la NASA de la Luna», y más adelante se da cuenta de que las adamantas se activan durante ciertas **tormentas solares**. Julia llega a descubrir que la referencia más antigua a su existencia se encuentra en la ***Epopéya de Gilgamesh***, aunque es un mago inglés del siglo XVI llamado **John Dee** quien les dará este nombre, tal y como demuestra la reproducción facsímil de un fragmento de su obra ***Monas Hieroglyphica***, en el capítulo 48 ►.

La historia de las adamantas surge, no obstante, en las inescrutables aguas de la Prehistoria. En el capítulo 29 ► Sierra da una pista cuando el padre Graham refiere a Julia la historia de **Naymlap**, «un misterioso navegante precolombino que llegó a las costas del Perú guiado por una piedra de esta clase». Su relato recuerda en muchos aspectos a otra adamantas que el autor se ha dejado fuera del relato: la piedra de Jonás. Según el libro bíblico que lleva su nombre, Jonás pasó tres días y tres noches en el vientre de una ballena. Allí sobrevivió gracias a una perla refulgente que irradiaba una luz tan poderosa como la del Sol. Al parecer (Jonás 2,

11), aquella ballena terminó por conducirlo bajo la mismísima Piedra de Fundación (*Even ha-Shetiyah* en hebreo), cuya punta apenas emerge hoy en el terreno sobre el que se alza la llamada Cúpula de la Roca de Jerusalén. Los musulmanes protegen desde hace siglos esa codiciada roca sagrada, que consideran una parte del Paraíso Terrenal y, por tanto, una suerte de «plataforma» para establecer comunicación con sus habitantes.

Resulta muy curioso comprobar cómo la idea de «lugares-puerta» u «objetos-llave» surca la narrativa de Sierra desde *El ángel perdido* a *Las puertas templarias*. Y no erramos si afirmamos que su fascinación bebe incluso de tradiciones tan antiguas como el culto a la piedra Ben-Ben, en Egipto, un betilo o roca meteorítica de aspecto cónico que se veneró durante siglos en la ciudad de Heliópolis como parte de un «montículo primordial» a partir de cual los dioses crearon el mundo. El culto por esa clase de piedras extraterrestres se extendió incluso por Turquía, como puede comprobarse en el santuario frigio de Pessinunte, cerca de la actual Ankara, que Sierra tampoco llega a mencionar. En ese lugar adoraban a la diosa Cibeles en la forma de un meteorito oscuro capaz de curar cualquier enfermedad; los romanos la robaron en el año 204, colocándola en el Santuario de la Victoria, sobre el Palatino.

¿Inspiraron estas historias, u otras parecidas, a John Dee para mencionar en sus escritos las adamantas?

Es más que probable.

Agri Daghi. En turco, «monte del dolor». Así se conoce el Monte Ararat (5.165 metros), un enorme cono de basalto emplazado en territorio de la moderna Turquía pero disputado desde hace tiempo por su vecina **Armenia**. Durante siglos su nombre fue una clara advertencia para los curiosos: nadie que lo escalase sin el permiso explícito de Dios saldría indemne de su aventura. No es casual que una vieja leyenda armenia afirme que en su cumbre habitan ángeles que vigilan muy estrechamente el **Arca de Noé**, manteniéndola fuera del alcance de los infieles hasta que llegue el tiempo de darla a

conocer al mundo. Fuera por esa creencia o por otras, lo cierto es que el Monte Ararat no fue escalado por ningún occidental hasta 1829, cuando el alemán Friedrich Parrot lo encumbró por primera vez, dando su nombre a su principal glaciar y demostrando que esa cima no era, después de todo, invencible.

Curiosamente, Parrot nunca se interesó por el Arca que, según la tradición, descansa en su cima, aunque abrió la veda a numerosos buscadores de reliquias que ya no dejarían de acudir hasta su falda.



Javier Sierra junto al Agri Daghi o monte Ararat

Estamos, sin duda, ante el protagonista «durmiente» de esta novela. Agri Daghi es un colosal volcán inactivo con dos bocas: Büyük Agri (Gran Ararat) y Küçük Agri (Pequeño Ararat). La cumbre

del mayor está cubierta por nieves perpetuas y es alrededor de la cota de sus 4.600 metros donde el autor sitúa el momento álgido de la acción de la novela. En esa área las cuevas de hielo son comunes a partir del mes de octubre, y es justo allí donde la CIA ubicó con sus aviones espía, a finales de los años cuarenta, cierta «**anomalía del Ararat**» identificada por algunos como los restos del Arca de Noé.

Tampoco debe olvidarse que nuestra montaña del diluvio disputó durante siglos su protagonismo con el Monte Nisir, en Mesopotamia, citado en la ***Epopéya de Gilgamesh*** como la cumbre en la que se salvó **Utnapishtim** de la gran catástrofe de la Prehistoria. Y también con el Monte Judi, ubicado algo más al sur del Ararat, venerado por sirios y musulmanes como cumbre salvífica.

Amrak. Del armenio, «la caja». En realidad es una tabla de piedra que, según *El ángel perdido*, actúa como activadora de las **adamantas** facilitando que puedan emitir señales de muy alta frecuencia o provocando severas alteraciones electromagnéticas a su alrededor. El concepto de Amrak debe mucho a las tablas invocadoras diseñadas por **John Dee**, de las que sólo conservamos algunos diseños muy historiados. También está relacionado con las tablas esmeralda que Sierra describe en otra de sus novelas: *Las puertas templarias*.¹

Anomalía del Ararat. El 17 de junio de 1949 un avión espía de la Fuerza Aérea de Estados Unidos (USAF) que se encontraba cartografiando la delicada frontera entre Turquía y la Unión Soviética a 4.300 metros de altitud, obtuvo varias tomas de la cara suroeste del Monte Ararat en las que se apreciaba una especie de gran roca oscura, de unos 130 metros de largo, que emergía bajo un glaciar en retroceso. Fue ubicada en las coordenadas 39° 42' 10" Norte, 44° 16' 30" Este. Rodeada de nieve y hielo, la «roca» llamó en seguida la atención de los analistas fotográficos del *National Photographic Interpretation Center* (NPIC) de la CIA, que en esos años trabajaba

en estrecha relación con la USAF. Incapaces de explicar su naturaleza —aunque su color, su situación y su forma apuntaban desde el principio a una formación geológica natural y no a un objeto manufacturado— la llamaron la «anomalía del Ararat».

Años más tarde, el satélite espía *Keyhole 4* (KH4) volvió a cartografiar la zona, esta vez a gran altura, entre 1960 y 1971. Los rumores de que la «anomalía» se había mostrado al fin como algo regular, con aspecto de gran barco, resultaron poco creíbles dado que la mayoría de esas imágenes mostraban una cima del Ararat cubierta de nubes. Así lo explicaba, al menos, un memorándum de la CIA fechado el 12 de agosto de 1994 y dirigido a Porcher L. Taylor, que Sierra cita en el último capítulo de la novela.



La anomalía de Ararat fotografiada por la CIA en junio de 1949.

Lo que, sin embargo, no cuenta Sierra por falta de oportunidad es que los rumores de la existencia de esas fotos secretas despertaron pasiones incluso entre congresistas como Bob Wilson, que en agosto de 1974 pidió sin éxito que la CIA las confiase a dos amigos suyos creacionistas de San Diego, California, para los que

demostrar que Dios creó el mundo tal y como se cuenta en el **Libro del Génesis** era vital. Como ellos, muchos «enemigos de Darwin» se obsesionaron con ese material, reclamando incluso el acceso a las imágenes del supersecreto programa de aviones espía U2. Entre ellos estuvo el senador Barry Goldwater, que volvió a exigir a la CIA transparencia informativa sobre el caso en una carta fechada el 1 de septiembre de 1978, «para determinar o no si algo valioso para la arqueología podría localizarse cerca o en la cumbre del monte [Ararat]». Fue en vano.

En el caso de los vuelos de los U2 sobre la «anomalía del Ararat» también es conocida la historia del apache Jim Wilson, de Arkansas. El hijo de un buen amigo suyo fue piloto de U2 y cuenta que le mostró varias tomas fotográficas de alto secreto que confirmaban la existencia del barco bíblico. «El objeto daba la impresión de estar roto en pedazos —escribió—. Los extremos eran dentados. Los trozos estaban separados, a cierta distancia el uno del otro y parcialmente cubiertos de nieve y hielo.»

Curiosamente, la foto que lo inició todo en 1949 —una enorme toma en blanco y negro de 40 × 22 centímetros—, no sería desclasificada por la *Defense Intelligence Agency* (DIA) hasta el 14 de marzo de 1995, junto a un análisis en el que se concluía que la «anomalía» era una curiosa combinación de sombras, hielo y nieve. Sólo dos semanas antes, el entonces vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, había ordenado hacer públicos los archivos fotográficos de la Guerra Fría obtenidos por los satélites espía *Corona* de la CIA.

Apagón. Varias veces se cita en la obra el apagón que el 13 de marzo de 1989 dejó a oscuras buena parte de Quebec (véanse, sobre todo, capítulos 75 y 94 ►). El episodio fue real y se inició tres días antes de esa fecha, cuando astrónomos de medio mundo detectaron una poderosa erupción en la superficie del Sol. El «viento electromagnético» provocado por el fenómeno no tardó en alterar las comunicaciones vía satélite, e incluso afectó a emisoras

terrestres como *Radio Free Europe*, que se vieron enturbiadas por lo que, al principio, se tomó como un sabotaje del Kremlin para que su programación no fuese escuchada en la entonces Unión Soviética. El 12 de marzo se observaron varias auroras boreales desde Florida y Cuba como consecuencia de la llegada de partículas magnéticas a nuestra atmósfera, y el 13 se desencadenó el incidente más serio, que dejó a oscuras la ciudad de Quebec y afectó a las redes eléctricas de todo Estados Unidos. En el espacio exterior, mientras tanto, el satélite de comunicaciones TDRS-1 de la NASA experimentó hasta 250 anomalías en su funcionamiento, y el transbordador espacial *Discovery* tuvo problemas con uno de los sensores de sus tanques de hidrógeno.

Aquella serie de incidentes inexplicables —a los que no fue ajeno el accidente del petrolero *Exxon Valdez* y la marea negra que dejó en Alaska—, convenció a la comunidad científica de la necesidad de vigilar de cerca, en adelante, al Sol y sus tormentas.

Arca de Noé. Descrita en detalle en el capítulo sexto del **Libro del Génesis**, el barco que construyó Noé para resistir el Diluvio bíblico tenía 300 codos de eslora (unos 135 metros) y estaba calafateado con betún. Hoy esa embarcación con aspecto de caja tendría la mitad de envergadura que el trasatlántico *Queen Mary*, en su bodega cabrían unos 170 contenedores y presentaría el aspecto de una colosal «caja de zapatos» desprovista de proa, popa o quilla.

Resulta llamativo comprobar cómo un barco de características casi idénticas es descrito en la ***Epopéya de Gilgamesh*** dos mil años antes de escribirse el Génesis pero asociado a otro héroe llamado **Utnapishtim**. Y aún lo es más que otras fuentes antiguas como el sumo sacerdote e historiador babilónico Beroso, del siglo III a. J.C., afirme que en su época aún se podían ver los restos de esta nao prediluviana varada cerca de la cumbre del **Ararat**. Nicolás de Damasco, en el siglo I de nuestra era llegó incluso a escribir que «hay en **Armenia** una gran montaña llamada Baris [Ararat], donde muchos refugiados encontraron seguridad en tiempos del diluvio, y

un hombre que iba en un arca se posó en la cumbre y reliquias de los maderos se conservaron durante mucho tiempo». También Flavio Josefo, el célebre historiador judío, se hizo eco de la presencia de restos del Arca en el Ararat.

Los buscadores modernos del Arca de Noé comenzaron a visitar el Monte Ararat a finales del siglo XIX. En 1876 lord Bryce se trajo de uno de sus riscos, a casi 4.000 metros de altura, una pieza de madera petrificada de poco más de un metro de largo, que identificó como una viga del barco de Noé. Años más tarde, en 1892, un archidiácono de la Iglesia Caldea apellidado Nouri anunció que había descubierto el Arca el 25 de abril de ese año. Lo cierto es que aquellos relatos no pasaron de ser anécdotas publicadas por la prensa europea, y hasta la llegada de los primeros aeroplanos nadie les daría demasiado crédito. En 1916, sin embargo, un piloto ruso llamado V. Roskovitsky informó del avistamiento de un enorme buque varado cerca de la cumbre del Ararat. Su testimonio hizo que el zar Nicolás II enviara una expedición en su búsqueda que, por culpa de la revolución bolchevique del año siguiente, cayó deliberadamente en el olvido. En *El ángel perdido* se cuenta parte de esta aventura —nunca confirmada del todo, pero popular entre los buscadores del Arca de Noé—, el capítulo 83 ►.

El más célebre de los «arcólogos» es, no obstante, el alpinista francés Ferdinand Navarra, que en 1956 publicó un libro en el que refirió sus tres primeras expediciones a la cumbre en busca de la colosal reliquia bíblica (en 1952, 1954 y 1955). Su éxito más reseñable fue el hallazgo de fragmentos de madera petrificada en su último viaje, en julio de 1955. Uno de esos fragmentos terminó en los laboratorios del Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias (INIA) de Madrid, donde el doctor López de Roma lo sometió a un análisis para determinar su edad y el tipo de madera que podría ser.



Javier Sierra examina el supuesto fragmento del Arca que se conserva en el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias de Madrid.

Su informe, fechado el 7 de abril de 1956, identifica «la estructura leñosa de un *quercus pedunculata*», un roble, y afirma que «la edad de la madera-muestra presentada oscila alrededor de los cinco mil años». En tiempos más recientes, el astronauta norteamericano **James Irwin** se encargó de hacer llegar otro de los fragmentos de la madera hallada por Navarra al *Center for Applied Isotope Studies* de la Universidad de Georgia, que concluyó que la edad mínima de la muestra era de 1.500 años. El caso, claro, continúa abierto. De hecho, examinando la literatura especializada de estos últimos años sigue dando la impresión de que esta clase de fragmentos de madera son el Santo Grial de los buscadores del Arca.

Principales expediciones que han buscado el Arca de Noé

Septiembre de 1829. El médico alemán Friedrich Parrot se convierte en el primer occidental que escala el Monte Ararat en tiempos modernos. Aquel año vio un supuesto trozo de la

cubierta del Arca en un relicario de la catedral de Santa Echmiadzin, en **Armenia**. Visitó el monasterio de San Jacobo, en las faldas del Ararat, donde se guardaban otras reliquias del Arca y la escaló hasta la cumbre.

1852-1870. Fue en estos años cuando se cree que Napoleón III mandó una expedición al Monte Ararat para buscar el Arca. Aunque referida por varios exploradores y entusiastas de esta reliquia, no se sabe mucho de ella.

17 de junio de 1949. Un avión espía de la CIA toma fotografías de un objeto sospechoso cerca de la cima del Monte Ararat. Como ese verano fue especialmente caluroso, los glaciares estaban más derretidos que de costumbre. Lo bautizarán como la «**anomalía del Ararat**», y se discutirá durante años si se trataba o no de los restos del Arca de Noé. Más tarde, satélites espía de las series *Keyhole* y *Corona* obtendrán nuevas tomas extrañas de esa formación.

Agosto de 1952. Ferdinand Navarra, explorador francés, oyó hablar de los esfuerzos de Napoleón III y decidió organizar su propia búsqueda del Arca. Después de hacer cumbre, a su regreso, en una cota próxima a los 4.600 metros, distinguió una masa oscura bajo el hielo que le pareció artificial. Anotó su posición y se prometió volver.

Julio de 1953. Navarra regresa por segunda vez al Monte Ararat, pero un accidente le impidió acercarse a su objetivo final. Tendría que esperar dos años para volver.

Julio de 1955. Amparado en un viaje familiar, Navarra emprende su tercer ascenso al Ararat acompañado de su hijo de 11 años, Raphael. Redescubrió el lugar de la primera vez y

bajo el hielo consiguió dar con algo parecido a un tablón de madera petrificada del que extrajo unas muestras que se llevó consigo.

31 de diciembre de 1977. En un vuelo del *Air Force One* entre Varsovia y Teherán con el presidente Jimmy Carter a bordo, el fotógrafo de UPI Ronald Bennett cree ver algo extraño sobre el monte Ararat. El presidente acude a la fiesta de Fin de Año que ofrece el Sha de Persia cuando el piloto les pide a los pasajeros que se asomen a sus ventanillas. Al cruzar cerca de la frontera entre Turquía y la URSS los escoltan varios *Mig* soviéticos. Al bajar la vista, Bennett cree ver algo parecido a un objeto alargado sobre el Ararat.

Agosto de 1982. Primera de las cinco expediciones del astronauta **James Irwin** (uno de los doce hombres que puso pie en la Luna a bordo de la *Apolo 15*). Irwin fue en busca del Arca de Noé, pero en su primer viaje casi se mata al resbalar en un risco.

Abril de 2010. Un grupo expedicionario chino-turco presenta filmaciones y fotografías de una estructura de madera descubierta en el Monte Ararat, defendiendo que es parte del Arca de Noé. El hallazgo es cuestionado desde el principio, aunque las pruebas de la falsificación no se hallarán hasta unas semanas más tarde.

Octubre de 2010. El escritor español Javier Sierra es el último expedicionario al que las autoridades turcas han permitido explorar el Ararat para buscar la supuesta Arca de Noé. Su expedición, integrada por el veterano alpinista César Pérez de Tudela y cinco hombres más, se quedará a las puertas mismas de la «anomalía del Ararat».

Ararat. Véase **Agri Daghi**.

Armenia. Este pequeño y montañoso país, en cuya frontera transcurre el clímax de *El ángel perdido*, tiene un profundísimo vínculo con **Noé** y el mito del **Diluvio Universal**. De entrada, su nombre antiguo, Hayastán, procede de Haik, hijo de Togarma y tataranieto de Noé. Este Haik desciende a su vez de uno de los tripulantes del Arca, Jafet, quien junto a Noé, Sem y Ham puso pie sobre el Ararat en cuanto descendieron las aguas.

El nombre moderno de Armenia procede de Aram, sexto descendiente en la línea de Haik. Fue utilizado por primera vez por los griegos hace 3.000 años.

Tiene también cierto interés que una de las principales exportaciones armenias sean los diamantes tallados (se importan en bruto para recibir aquí su forma definitiva), y que la palabra **adamanta** sea considerada por algunos como precursora del término diamante.

B

Betilo. Palabra que procede de la palabra hebrea *Bethel* («casa del Señor»). Aparece por primera vez en la descripción bíblica de la visión de la **escala del profeta Jacob** (Génesis 28, 11-19). Hoy se utiliza para referirnos a todas aquellas piedras de origen extraterrestre caídas a tierra en forma de meteoritos. La expresión se explica con precisión en el capítulo 48 ►, aunque reaparece en la novela detrás de la misteriosa organización llamada *The Betilum Company* que compila obras de **John Dee** y resulta ser una tapadera de los servicios secretos de Estados Unidos.

Biddlestone. Píntoresco pueblo del condado inglés de Wiltshire, en el suroeste de Gran Bretaña, en el que Julia y Martin se desposaron en 2005. Su nombre parece emparentado con la expresión «Biblia de Piedra» (*Bible of Stone*, capítulo 39 ►), circunstancia aprovechada

por el mago isabelino **John Dee** —y siempre según Javier Sierra— para esconder allí una de sus misteriosas «tablas de invocación» angélicas. Aunque fundado en tiempos de los sajones, casi todos sus edificios notables son del siglo XVIII.

C

Cábala fonética. Disciplina mediante la cual se recurre a la sonoridad de una frase y no a su sentido literal para transmitir un mensaje «secreto» al destinatario. Descrita en detalle en el capítulo 43 ►, la cábala fonética fue una asignatura, casi un divertimento, muy cara a **John Dee**, que la empleó en algunos de sus escritos. En ella se encuentra el origen de juegos homofónicos contemporáneos como, por ejemplo, la frase «yo lo coloco y ella lo quita», que puede interpretarse al ser pronunciada en voz alta como «yo loco, loco, y ella loquita». Tras este enfoque superficial se esconde, no obstante, una tremenda advertencia: basta un pequeño desliz en la pronunciación de un nombre o una frase para alterar todo su sentido.

La importancia de los nombres y su pronunciación en la Cábala ya fue subrayada por el sabio aragonés y padre de esta disciplina Abraham Abulafia (1240-1291), que nos dejó abundantes enseñanzas sobre los enormes poderes ocultos en las palabras. De ahí que en varios momentos de la novela se insista en la forma de pronunciar ciertas frases.

Caídas. En varios momentos de *El ángel perdido* se habla de las «caídas» que ha sufrido nuestra especie. Se trata de momentos en los que la humanidad ha pasado por el trance de la extinción y que, desde una óptica judeocristiana, se reducen a tres. La primera fue la expulsión de Adán y Eva del Paraíso. La segunda, el **Diluvio** con el que Dios exterminó a buena parte de nuestros antepasados. Y la

tercera, una extinción profetizada pero no consumada de la que hablaron profetas como **Enoc**. Véanse los capítulos 27 o 100 ►, por ejemplo.

Calle Mortlake. En el centro de esta avenida de casas de ladrillo, en la exclusiva barriada de Richmond-upon-Thames, se encuentra la casa de Sheila Graham, la «guardiana del Grial» o de las **adamantas**, a la que acuden Julia y Martin en la víspera de su boda. Cuando Javier Sierra afirma (capítulo 15 ►) que allí se levantó la morada de **John Dee** y que un cartel sobre el número 9-16 lo recuerda hoy, está siendo riguroso con la referencia. El edificio original, hoy desaparecido, fue primero la residencia de la madre de Dee hasta 1566, convirtiéndose a continuación en el hogar y biblioteca del mago hasta su muerte a finales de 1608, a la edad de 82 años. Su tumba, por cierto, se encuentra cerca de ese lugar, bajo una lápida sin marcar en la iglesia de St. Mary de Virgin, en High Street.

Campus Stellae. La novela de Sierra menciona en varias ocasiones este moderno monumento emplazado en uno de los muros interiores de la **catedral de Santiago**, cerca de la puerta de Platerías. Se trata de una escultura metálica elaborada en 1999, Año Santo Compostelano, por Jesús León Vázquez, que representa la idea medieval de que para llegar a Santiago bastaba con seguir el camino de las estrellas o Vía Láctea. Se da además la circunstancia de que, sobre tierra firme, muchos topónimos de la Ruta Jacobea proceden del término estrella o astro, estableciéndose así un claro y primitivo vínculo entre lo celestial y lo telúrico que es único en el mundo. Javier Sierra se refirió a él en un ensayo anterior titulado *La ruta prohibida*.²



Campus Stellae

Catedral de Santiago. Mucho antes de que el maestro Mateo esculpiera y armara los sillares de su célebre **Pórtico de la Gloria**, los peregrinos que vislumbraban el perfil de este templo se sabían

más cerca del Cielo —y de la salvación de su alma— que en ningún otro lugar el mundo. Esta catedral era percibida por el cristiano antiguo como el umbral previo al Paraíso, al encuentro con Dios.

Levantada en un lugar que ya era sacro para celtas y romanos, la catedral que marca el fin de la Ruta Jacobea y es escenario fundamental de *El ángel perdido* es un templo de templos. Nació de una pequeña iglesia del siglo IX construida por Alfonso II el Casto y el obispo Teodomiro para venerar las entonces recién descubiertas reliquias del apóstol Santiago. Pronto surgieron alrededor de esa tumba otros templos menores dedicados al Salvador, a santa María de Corticela y a san Juan que terminarían integrándose en lo que más tarde sería la seo catedralicia.

Fue bajo el reinado de Alfonso IX, en 1211, cuando el templo logró acercarse por fin a su actual majestuosidad. Aymeric Picaud lo describirá en su célebre *Codex Calistinus* (la primera guía de peregrinos del mundo, redactada en el siglo XII) con toda elocuencia: «En esta iglesia no hay grieta ni defecto alguno; está magníficamente construida, es grande, espaciosa, luminosa, armoniosa, bien proporcionada en anchura, longitud y altura, y de admirable e inefable fábrica. Además tiene doble planta como un palacio real. Quien recorre por arriba las naves del triforio, aunque suba triste, se vuelve alegre y gozoso al contemplar la espléndida belleza del templo.»

Numerología: Según Juan G. Atienza, uno de los más agudos observadores ibéricos de lo heterodoxo, la catedral de Santiago muestra una extraña inclinación hacia el número nueve. La basílica actual tiene nueve naves. Éstas se encuentran separadas por sesenta y tres pilares ($7 \times 9 = 63$) y otras tantas vidrieras. En el proyecto original constaban nueve torres. Y en su coro siempre hubo setenta y dos sitiales ($8 \times 9 = 72$). Esto, según él, no obedece al azar. Si el templo se levantó como «lugar de fin», iglesia del Apocalipsis, el nueve es el número que le corresponde por derecho. Encarna la culminación de un proceso y el inicio de algo mayor.

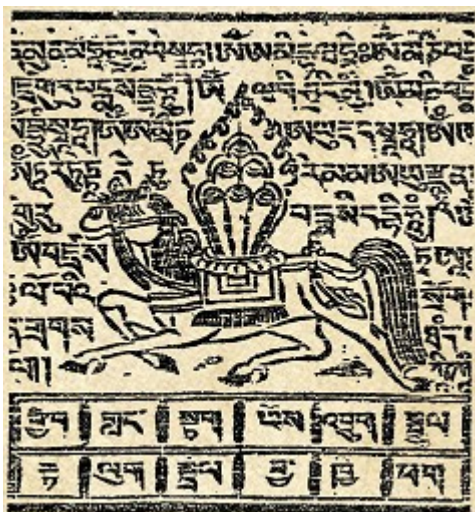
Chester Arthur (1829-1886). Vigésimoprimer presidente de Estados Unidos de América. Durante su mandato fundó la Oficina de Inteligencia Naval, precursora de la moderna red de servicios secretos de su país. Entre los logros más destacables de su gestión está el haber creado la gran reserva de los indios Hopi en Arizona en 1882 (capítulo 69 ►). En la ficción, además, es el impulsor del **Proyecto Elías**, nacido de la obsesión de su tiempo por el **Diluvio** y el fin de civilizaciones como la Atlántida, que estaba destinado a establecer comunicación con «planos superiores». Su implicación en el proyecto es descrita ampliamente en el capítulo 46 ►.

Chintamani. Es una de las muchas «piedras comunicantes» de las que hablan todas las tradiciones antiguas del planeta y que se enumeran en el capítulo 46 ►. El término es de origen sánscrito. Esta piedra, citada en el capítulo 76 ►, se vincula específicamente con **Nicolás Roerich**, ya que da título a una de sus series de pinturas más conocidas. Al parecer, esta roca refulgente debidamente activada servía de «llave» para entrar en el mundo subterráneo de Shambhala, una suerte de paraíso oculto desde donde un grupo de sabios observa la evolución de nuestra civilización. Autores como Andrew Tomas la describen como del tamaño «del dedo meñique, un color grisáceo y brillante y forma de un hueso de fruta o de un corazón. Lleva grabados cuatro signos jeroglíficos indescifrables. Se dice que las nubes se amontonan cuando la piedra se oscurece, y que se vierte sangre cuando se hace pesada».³



El techo del mundo - La piedra Chintamani -, obra de Nicholas Roerich.

Sea como fuere, la piedra Chintamani está rodeada de evocadoras leyendas, como la que la sitúa en el Tíbet durante el reinado de Tho-tho-ri Nyantsan, hacia el año 331 de nuestra era. Allí fue custodiada como un objeto caído del cielo, bajado del espacio a lomos de un «caballo alado» llamado *Lung-ta*. Fue tenida por tan sagrada —llegó a llamársela Tesoro del Mundo— que sólo se la mostraba en ocasiones que implicaran cambios espirituales o de conciencia para la humanidad. Tal vez por eso se la representa con cierta frecuencia en el folclore tibetano.



Grabado tibetano que muestra la piedra Chintamani a lomos de Lung-ta.

Crisis de las catedrales. Mencionada en el capítulo 73 ► de la novela, en la alusión de Michael Owen se ve un claro guiño a la trama de una ficción anterior de Javier Sierra titulada *Las puertas templarias* (2000). Dicha novela cuenta las peripecias de Michel Témoín, un ingeniero del Centro Nacional de Estudios Espaciales (CNES) de Toulouse que en 1999 vio cómo uno de los satélites que había diseñado comenzó a fotografiar manchas blancas en el corazón de las ciudades galas de Dijon, Bayeux, Évreux, Chartres, Amiens, Reims y París. Tras sus primeras averiguaciones descubrirá que las manchas se corresponden con las catedrales góticas de esas plazas y deducirá que deben de estar emitiendo alguna clase de señal electromagnética. Su hallazgo, sin embargo, no impedirá que lo despidan ni tampoco que desde ese momento se vea arrastrado a una investigación in situ en esos templos que terminará por abocarlo al descubrimiento de un antiguo secreto templario.

Las puertas templarias fue la segunda novela de Javier Sierra, y su tremendo poder evocador terminó por alentar en parte obras de ficción de otros autores españoles como *Grimpow* (2007) de Rafael Ábalos o *La clave Gaudí* (2007) de Esteban Martín y Andreu Carranza, que se sintieron cautivados con la idea de que un grupo de construcciones pudieran formar sobre una zona geográfica el

trazado de una constelación del firmamento. Una idea, por otra parte, expresada con claridad meridiana en 1969 por Louis Charpentier en su clásico *El enigma de la catedral de Chartres*.

Cultos Cargo. Objeto de discusión entre Julia Álvarez y Ellen Watson en el capítulo 89 ►, se trata de uno de los misterios más fascinantes al que se han enfrentado los antropólogos contemporáneos. La expresión nació después de que los aliados tomaran varias islas del Pacífico sur durante la segunda guerra mundial. En ellas habitaban comunidades que no habían tenido ningún contacto previo con Occidente y que aún vivían en la Edad de Piedra. La confrontación con una civilización mucho más desarrollada que la suya les llevó a divinizar a los soldados y a implorarles constantemente por sus riquezas (el «cargo» de sus contenedores). La mayoría de estos cultos han desaparecido ya y hoy apenas sobrevive el culto a John Frum en la isla de Tanna, Vanuatu, donde aún se pasean ceremonialmente modelos de aviones de paja a imagen de los «pájaros de los dioses» que vieron los pobladores de Tanna en plena contienda bélica.

Esta reacción podría explicar —y de ahí el debate entre Julia y Ellen— cómo nacieron religiones mucho más antiguas, tal vez a resultas de un paleocontacto con alguna cultura tecnológica en la Prehistoria.

D

Día grande y terrible. Expresión que aparece varias veces a lo largo de la novela (capítulos 44, 46, 77, 93 y 96 ►) y que tiene su origen en un augurio veterotestamentario muy conocido que anuncia el fin del mundo en coincidencia con el regreso del «arrebataado» **Elías**: «He aquí que Yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día de Yahvé, grande y terrible» (Malaquías 3, 23).

Diluvio Universal. Contra lo que muchos creen, no se trata de un mito de origen judeocristiano. Tal y como explica *El ángel perdido* (capítulo 29 ►), existen más de un centenar de relatos ancestrales, surgidos independientemente en todas las latitudes del globo, que narran la destrucción de la humanidad por culpa de una súbita y gigantesca inundación. Entre los más destacados encontramos el cuento hindú de Manu y el pez, en el que un pescado avisa a un hombre de la inundación que está por llegar. O el de Tana y Nena entre los aztecas, que se salvaron de la ira del dios Tláloc cuando éste les advirtió de sus planes para ahogar a los humanos. O el aún más célebre mito griego de Deucalión, cuando Zeus se propone acabar con una humanidad cada vez más arrogante y Prometeo corre a prevenir a su hijo humano Deucalión y a su esposa Pirra de lo que se les viene encima.

Siguiendo la estela de algunos intérpretes modernos de este mito como Graham Hancock, Christopher Knight o Robert Lomas, Martin Faber se muestra convencido en la novela de que el Diluvio enmascara el recuerdo atávico del último gran cambio climático vivido por nuestro planeta, marcado por el deshielo que marcó el fin de la Era Glacial hace unos once o doce mil años. Esto debió de ocurrir justo antes del surgimiento de las primeras civilizaciones conocidas, como la de Gobleki Tepe (Turquía), que se remonta 11.600 años atrás.

No obstante, en este terreno distamos mucho de haber leído la última palabra. Las teorías para explicar el desencadenamiento de esta catástrofe son numerosas y no dejan de surgir nuevas. En 1996, por ejemplo, Alexander Tollman, profesor del Instituto de Geología de la Universidad de Viena, sugirió que el agente causante de ese incidente pudo haber sido el impacto de uno o varios meteoritos sobre la Tierra. Tollman acudió al impacto del cometa Shoemaker-Levy contra Júpiter para explicar lo que pudo haber pasado en tiempos de Noé. Tras la fragmentación de una enorme roca cósmica en una miríada de pedazos, su caída a la Tierra pudo provocar movimientos sísmicos y maremotos que empujaron a

grandes masas de agua a cambiar de lugar. Ese choque, según explicó Tollman, alteró la capa de ozono, nos dejó desprotegidos frente a las radiaciones cósmicas y pudo acabar con muchas formas de vida sobre la Tierra.

Es sólo una teoría más, cierto, pero explicaría la enorme capa de arcilla que en la década de 1920 el arqueólogo inglés Woolley descubrió en la antigua ciudad de Ur (patria de Abraham), que se corresponde con alguna clase de gran inundación que tuvo lugar hacia el año 4000 antes de nuestra era que afectó a toda Mesopotamia.

E

Eclipse total de Sol. En el capítulo 52 ► se menciona un eclipse total de Sol, histórico, que oscureció media Europa a mediodía del 11 de agosto de 1999. Tal vez por coincidir con el cumpleaños de Javier Sierra, pero sobre todo por haber sido predicho por Nostradamus en una cuarteta donde lo definió como «rey del terror», este suceso juega un papel clave en la obra. Según la ficción, ese día se pusieron en funcionamiento las **adamantas** por última vez, activando piedras que estaban ocultas desde la Edad Media bajo determinados templos franceses. Más adelante (capítulo 73 ►) se volverá sobre este asunto, llamándolo la **crisis de las catedrales** y remitiendo —sin citarla expresamente— a una obra anterior de Sierra titulada *Las puertas templarias*.

Efecto Rachel. Descrito en detalle en el capítulo 40 ►, se refiere a un incidente ocurrido en junio de 1936 cerca de Roma. Durante unas pruebas de radio efectuadas por Guillermo Marconi con frecuencias de largo alcance, todo el tráfico a motor que circulaba cerca de Ostia —incluido el coche oficial en el que viajaba Rachele Mussolini, esposa de Il Duce— se detuvo bruscamente. Este incidente inauguró una era de experimentación con ondas electromagnéticas aplicadas a proyectos de defensa.

Elías. Vivió hacia el 900 a. J.C. y pasó los primeros años de su vida cerca de Galad, al este del río Jordán. Es tenido por el primer profeta de Israel, aunque su personalidad está rodeada de misterio. Tenía fama de poder desplazarse como el viento, como si Dios en persona lo arrebatase con su poder y lo dejara caer allá donde se le necesitara. Si algo de su personalidad y hazañas inspiró al presidente **Chester Arthur** para bautizar con su nombre su proyecto más secreto fue, sin duda, que parecía tener hilo directo con Yahvé. Aunque los ejemplos son muchos, uno de los más elocuentes lo contiene el primer libro de Reyes (18, 36-37) cuando ante un grupo de adoradores de Baal, Elías prepara un sacrificio y clama: «Dios de Abraham, de Isaac y de Israel... respóndeme para que sepa este pueblo que Tú eres Yahvé, el verdadero Dios, y convierta a Ti su corazón.» Al instante un fuego caído del cielo consume la ofrenda, dejando estupefactos a los paganos.

En varios momentos de su peripecia vital, Elías fue atendido por ángeles de carne y hueso, como cuando camino de Berseba se quedó sin agua ni alimentos y fue guiado por ellos «hasta el monte de Dios, el Horeb» (1 Reyes 19, 8). Precisamente en ese lugar vio cómo Horeb (o Sinaí) se encendió como si fuera una montaña de fuego, siendo testigo de una manifestación de la divinidad que concluirá con un susurro en el que reconocerá la «voz de Yahvé» y de cuya descripción parece haber bebido Javier Sierra cuando describe los dos encuentros de Nick Allen con la «gloria de Dios».



Muy interesante también es el episodio que marca el final de Elías en el segundo libro de los Reyes. Allí se describe con lujo de detalles cómo es arrebatado por un carro volador a los cielos mientras su discípulo Eliseo se aferra a sus ropas para no separarse de él. Elías se marchó de la Tierra sin morir y desde entonces se le espera. Malaquías anunció que su regreso precedería el «**día grande y terrible**» que se menciona varias veces en la novela.

Enoc. Bisabuelo de **Noé**, y, por tanto, personaje emparentado con la estirpe de los ángeles que Lamec estuvo a punto de repudiar cuando aquél vino al mundo como un muchacho de cabellos rubios y piel radiante. De este pastor nómada convertido en intermediario

divino dice el **Libro del Génesis** que anduvo «en compañía de Dios» (5, 22). Según las escrituras, a los 365 años —probablemente una alusión astronómica al año terrestre— Enoc fue arrebatado a los cielos por un carro de fuego y subido en vida al reino del Padre. «Fue Enoc trasladado para no ver la muerte», dice literalmente Hebreos 11,5. Signifique lo que signifique, lo cierto es que su estancia en ese reino impulsó la escritura de varios tratados que llevan su nombre en los que se detallan dos historias fundamentales: el mestizaje entre los hijos de Dios (ángeles, mensajeros de carne y hueso) y las hijas de los hombres, y una descripción pormenorizada de la estructura de los cielos. Los escritos que se le atribuyen fueron muy apreciados hasta que el Concilio de Nicea los hizo caer en el olvido en el siglo IV.



De tan influyente personaje, sin embargo, se sabe más bien poco. Su nombre, en hebreo, significa «el profano», «el experto», «el inteligente», y sus hazañas llegaron a tener eco incluso en las leyendas egipcias, que según el historiador árabe Al Makrizi (1364-1442) le atribuyeron la construcción de la Gran Pirámide bajo el nombre de Saurid. Su biografía, pues, navega entre la incertidumbre y el mito, y según la fuente que se consulte se le describirá como rey, sabio, arquitecto o profeta.

Epopéya de Gilgamesh. Redactada en el cuarto milenio antes de Cristo sobre tablillas de barro halladas en Nínive (Irak), se trata del texto literario más antiguo conservado. Es un relato muy complejo que narra los esfuerzos del rey sumerio Gilgamesh («el que ha visto lo profundo») por alcanzar el paraíso de los dioses para reclamarles la inmortalidad que cree merecer. Según esta *Epopéya*, sólo un humano mereció ese don en el pasado: un monarca prediluviano llamado **Utnapishtim** al que los dioses salvaron de morir ahogado advirtiéndole de la llegada de una gigantesca inundación. *El ángel perdido* resume una parte de este relato ancestral, tratando de hacerla comprensible al lector contemporáneo en los capítulos 31 y 35 ►, citando incluso partes textuales de la misma, como cuando el dios Enki, oculto tras una pared, advierte a Gilgamesh de la inminente llegada de la catástrofe. «¡Oh cerca de cañas! ¡Oh muro de ladrillos! —puede leerse en el capítulo 35 ► de la novela—. Derriba la casa y construye una barca. Abandona la riqueza y busca la supervivencia. Desdeña la propiedad, salva la vida. Lleva a bordo de la barca semillas de todas las cosas vivas» (extraído literalmente de la Tablilla XI, 25 de la *Epopéya*).

La única parte del relato babilónico que omite *El ángel perdido* es el momento en el que Utnapishtim revela a Gilgamesh que la inmortalidad se obtiene de una planta que nace en el fondo del mar. Solícito, Gilgamesh bucea en pos de la flor de la Vida Eterna y

cuando está a punto de conseguirla, una serpiente se la arrebató mientras duerme, obligándolo a regresar a casa con las manos vacías.

Escalera de Jacob. La visión de una escalera de luz por la que suben y bajan ángeles, descrita por Jacob en el primer libro de la Biblia (Génesis 28, 11-19), es una constante en la obra de Javier Sierra. Apareció por primera vez en su novela *Las puertas templarias* y reaparece con fuerza en *El ángel perdido* como imagen perfecta del anhelo humano por comunicarse con sus creadores celestiales. En esta última novela el autor insiste en el detalle de que Jacob tuvo su famoso sueño dormitando sobre una misteriosa piedra negra, a la que emparenta con las **adamantas** de su trama (capítulos 35, 46, 48, 66, 93 y 99 ►).

Eyección de Masa Coronal (EMC). Durante los períodos de máxima actividad solar, que se repiten en ciclos de unos once años aproximadamente, la superficie del Astro Rey se ve afectada por una especie de erupciones de gas que envían al espacio profundo colosales ondas de radiación y viento solar durante horas. Se sabe que si alguna de esas ondas impactase contra la Tierra, podría afectar a nuestro campo magnético y, en consecuencia, a nuestra red eléctrica. Son el principio que alimenta las llamadas «tormentas solares» y que se clasifican en varias categorías según su potencia. Las de clase X (en el capítulo 86 ► se menciona una de tipo X-23) son las más terribles. Generan efectos nocivos sobre el clima, las telecomunicaciones y los seres vivos. Las de clase M son de duración más breve, pueden provocar pequeños cortes en el suministro eléctrico y afectan sobre todo a las regiones polares. Por último, las de clase C son las más leves, y suelen pasar casi desapercibidas.



Escalera de Jacob

Gloria de Dios. Citada en varios puntos de la novela (capítulos 58 y 60 ►, por ejemplo), el término se refiere a una visión terrible de la potencia de Dios. En el Antiguo Testamento la expresión remite a una de las formas de manifestación de Yahvé, en clave luminosa. Dios aparece en Éxodo 24 como una nube que brilla como el fuego sobre el Sinaí, o en el desierto como una masa bulbosa y reluciente (Éxodo 16). Sin embargo, el lugar común donde se manifestará este fenómeno electromagnético es en el Tabernáculo (Éxodo 29, Levítico 9, Números 14). Cada vez que lo hace, el templo debe ser desalojado.

No obstante, la descripción más precisa de la Gloria de Dios corresponde al profeta Ezequiel, que la tuvo frente a sí durante el exilio hebreo en Babilonia. En *El ángel perdido* aparece bien avanzada la novela (a partir del capítulo 58 ►) y serán Martin Faber, Artemi Dujok y Nicholas Allen quienes habrán de enfrentarse a ella.

George Carver Jr. (1930-1994). Experto en seguridad de la CIA interesado en el **Arca de Noé**, cuya historia completa se cuenta en el capítulo 77 ► del libro. Se enroló en los servicios secretos en 1953 y dedicó 26 años de su vida a esa tarea, desempeñando importantes misiones durante la guerra de Vietnam y en Alemania occidental. Al parecer, en varias de sus conferencias públicas durante los años ochenta, George Carver llegó a afirmar que la CIA sabía que «hay algo extraño cerca de la cima del Monte Ararat», inspirando a terceras personas a solicitar la desclasificación de los datos en los que se basaban esas conclusiones a través de la Ley de Libertad de Información (FOIA) americana. Esa desclasificación se produjo un año después de la muerte de Carver, en 1995, y confirmó que, en efecto, la CIA estaba interesada en cierta «**anomalía del Ararat**» al menos desde 1949.

George Ivanovich Gurdjieff (¿1872?-1949). Místico, escritor y filósofo de origen armenio al que muchos consideran uno de los padres del esoterismo moderno. En *El ángel perdido* se le cita en

relación a sus comentarios sobre las supersticiones **yezidís**, pero Sierra no llega a desarrollar sus teorías, que perseguían, entre otras cosas, un salto de conciencia en la humanidad a partir de ideas destiladas del budismo, el hinduismo, el cristianismo y, sobre todo, el sufismo. Algunos detalles de su biografía son extrañamente coincidentes con algunos de los grandes temas de esta novela. En su libro *Encuentros con hombres notables*,⁴ por ejemplo, cuenta cómo su padre fue un *ashoj*, un poeta lírico de origen griego, que a menudo le recitaba de memoria obras como la ***Epopéya de Gilgamesh***. Gurdjieff, maravillado por el hecho de que los cuentos armenios sobre **Noé** tuvieran un precedente milenario tan remoto, comenzó a interesarse por el lado oculto de la historia. Eso fue lo que le llevó hasta los yezidís, y a viajar por toda Asia y Europa durante cuatro décadas ininterrumpidas.

H

Hallaç. Nombre de un cráter meteórico ubicado a pocos kilómetros del paso fronterizo de Gürbulak, entre Turquía e Irán, de donde según *El ángel perdido* proceden las **adamantas** que Julia y Martin recibieron el día de su boda. Ese origen las convierte en **betilos**, piedras de origen cósmico y propiedades geológicas muy diferentes a las terrestres.

Heliogabalus. Citadas en el capítulo 58 ►, son un tipo de piedras emparentables con las **adamantas**, utilizadas también como oráculo con los mundos superiores. El origen del término hay que rastrearlo en Emesa (la moderna Homs, en Siria), donde se veneraba a un dios con ese nombre que tenía forma de piedra cónica negra y que era, con seguridad, de origen meteórico.



Javier Sierra junto al cráter meteórico de Hallaç

Hierogamia. Del griego *ἱερός* (sagrado) y *γάμος* (unión). Este término aparece convenientemente descrito en el capítulo 27 ► de la novela, y se refiere a las relaciones no consentidas entre ángeles y humanas que se describen en el **Génesis** y en el **Libro de Enoc**. En ese contexto, resulta conveniente saber qué otros personajes ancestrales de la trama surgieron de la mezcla de dioses y humanos. Ése es el caso de **Noé**, por ejemplo. O el del rey Gilgamesh, el héroe de la **Epopéya** que lleva su nombre, y que fue hijo carnal de la diosa Ninsun y de un sacerdote de Uruk llamado Lillah. Su idilio dio como resultado en el nacimiento de una criatura «dos tercios dios y un tercio humano» y, sin embargo, mortal.

Bajo toda la trama de *El ángel perdido* se aprecia un sutil manejo de esta clase de genealogías mestizas, clave para comprender el desenlace de la novela, y que ya aparecen en las preocupaciones del autor cuando escribió el capítulo 33 («El enigma de la sangre azul») de su ensayo *La ruta prohibida*.

Hopi. Esta importante tribu del suroeste de los actuales Estados Unidos aparece mencionada por primera vez en el capítulo 44 ► de la novela. Su nombre significa «gente pacífica», aunque los indios insisten en que ése es sólo uno de los muchos significados que tiene el término. Javier Sierra recurrió a ellos por primera vez en *La dama azul*,⁵ después de visitar su reserva en Arizona en 1991 y 1994. Una reserva, por cierto, que fue creada en 1882 por el presidente **Chester Arthur**, tal como explica *El ángel perdido* (capítulo 69 ►).

Dividida en la actualidad en una treintena de clanes, la sociedad hopi es una de las que conserva mejor sus tradiciones ancestrales. No en vano su centro espiritual, Oraibi, es el lugar más antiguo habitado ininterrumpidamente en Norteamérica. De allí es Oso Blanco, de nombre real Oswald Qotsa-Honow, el jefe indio que hace una aparición fugaz en la novela y que fue el responsable de volcar la tradición oral de los hopi en cronistas contemporáneos como Frank Waters⁶ o Josef Blumrich⁷. Fue él quien explicó cómo los hopi dividen la historia de la humanidad en «mundos», y que éstos han

ido desapareciendo uno tras otro a causa de grandes catástrofes. El primer mundo sucumbió por fuego. El segundo por hielo. El tercero por agua. Y actualmente habitamos en el cuarto. Según las creencias hopi, nuestra humanidad cumplirá su ciclo evolutivo cuando alcance el séptimo mundo. Nos quedan, pues, tres extinciones masivas que afrontar.

I

Ignatius Donnelly (1831-1901). Mencionado en el capítulo 46 ► este abogado, congresista, gobernador de Minnesota y escritor norteamericano ejerció una tremenda influencia en su tiempo con su ensayo *Atlantis, the Antediluvian World* (1882). Todavía hoy esta obra es considerada por la crítica como uno de los libros más admirables de su siglo. A él se debe la extendida idea de que culturas como la egipcia, la hindú o las centroamericanas fueron fundadas por supervivientes de la catástrofe que hundió ese mítico continente. De hecho, Donnelly afirma que los reyes y reinas que un día gobernaron la Atlántida se convertirían después de su colapso en los dioses de todas las mitologías. Esa migración de supervivientes explicaría, según él, elementos comunes en culturas de todo el globo como las pirámides, el uso de símbolos como la espiral o la obsesión generalizada por la astronomía.

Sea como fuere, pese a tan controvertidas ideas, lo cierto es que aún en nuestros días se considera que Donnelly ha sido el político más culto que ha pasado por Washington DC. Y no sólo por sus escritos sobre civilizaciones desaparecidas, sino también por su erudición en campos tan dispares como la geología, la botánica o la lingüística. Una de sus obras menos conocidas trató de hallar códigos secretos en los escritos del mismísimo William Shakespeare. ¡Toda una fuente para una nueva novela de misterio!

J

James Irwin (1930-1991). La implicación de este astronauta en la búsqueda del **Arca de Noé** se describe en detalle en el capítulo 91 ►. Aun así, pocos saben que el octavo hombre que puso su pie en la Luna, a bordo de la misión *Apolo 15*, llegó incluso a escribir un libro sobre sus misiones alpinistas al **Monte Ararat** en busca de pruebas de la historia bíblica. En *More than an Ark on Ararat* (1985), Irwin admite el fracaso de sus expediciones desde un punto de vista material, pero no así espiritual. Sugiere que el Arca de Noé se descubrirá cuando Dios quiera, no cuando lo deseen los hombres, y desnuda su visión religiosa de la existencia. Tras su regreso de la Luna, Irwin fundó un grupo cristiano llamado *High Flight* (Vuelo de Altura), con el que organizó hasta siete expediciones al Ararat en busca del Arca. Su perseverancia como piloto de pruebas y su valor le valieron para salvar la vida en más de una ocasión, pero no para cumplir con su último sueño: demostrar que tan importante como que el hombre hubiera caminado sobre la Luna era que Dios lo había hecho sobre la Tierra.



James Irwin

Jasones. Grupo elitista e independiente de científicos, matemáticos y físicos de la Universidad de Princeton, que durante la segunda guerra mundial asesoraron al gobierno de Estados Unidos en

cuestiones tecnológicas y de defensa. A él pertenece, en la ficción de *El ángel perdido*, el padre del presidente, William Castle II, aunque este grupo de asesores existió en realidad. Su nombre procede de las iniciales de los meses en los que solían reunirse: de julio a noviembre.

Juan de Estivadas. La tumba de este personaje es una de las más célebres de la «iglesia de las lápidas», **Santa María a Nova, de Noia**. Esculpida en el siglo xv, muestra el nombre del difunto escrito especularmente sobre el almohadón en el que descansa la efigie de este comerciante y bodeguero gallego. Ese nombre oculta, además, un código fundamental para la trama de *El ángel perdido*.

John Dee (1527-1698). Complejo y multifacético personaje del reinado de Isabel I de Inglaterra al que, además de por sus conocimientos científicos, se le conoció por su dominio de las «ciencias ocultas». Este mago católico carente de cualquier capacidad sobrenatural se asoció en 1581 a un médium de dudosa reputación llamado Edward Kelly con el propósito de abrir un canal de comunicación con ángeles y entidades «del otro lado». Quiso hacerlo a través de piedras que hacían las veces de vehículo para sus mensajes, convencido de que la magia y la alquimia eran vías tan prácticas y nobles para encontrar a Dios como cualquier otra más ortodoxa. Fruto de sus intentos de comunicación llegó a «recibir» del más allá una extraña lengua que llamó *enochiana*, y a crear el poderoso talismán geométrico que aparece reproducido varias veces en *El ángel perdido*. Aunque su fama de mago ha ensombrecido su reputación en otros campos, Dee fue geómetra, cartógrafo, astrónomo y dejó escritas setenta y nueve obras, la mayoría inéditas pero conservadas en el Museo Ashmoleano de Oxford. En la novela se lo describe en detalle en el capítulo 13 ►.



Tumba de Juan de Estivadas

John Mitchell (1933-2009). Este nombre aparece mencionado de pasada en el capítulo 15 ► de la novela y es el enésimo guiño que Javier Sierra hace a los lectores más atentos. Daniel Knight lo cita al

explicarle a Julia Álvarez quiénes son algunos de los personajes que aparecen en la pequeña colección de fotos que Sheila Graham tiene en su casa de Mortlake. Mitchell es, en efecto, un personaje real, autor de uno de los libros más influyentes del movimiento hippie de la década de 1970, *Nueva visión sobre la Atlántida*, que sedujo incluso a los *Rolling Stones*. Que su foto aparezca en el piso de Sheila la conecta con una corriente famosa en el Reino Unido que defiende —entre otras cosas— la existencia de líneas de fuerza que recorren toda la geografía del planeta y que en la Antigüedad sirvieron para marcar el emplazamiento de lugares sagrados. En el Reino Unido las llaman *ley lines*, y se supone que celtas y otros pueblos más conectados con la madre Naturaleza que el nuestro sabían verlas y utilizarlas en beneficio de su comunidad.

Joseph Smith (1805-1844). Según explica Sierra en el capítulo 55 ►, el fundador de los mormones estuvo en posesión de dos «piedras parlantes» del estilo de las **adamantas** que persigue Julia Álvarez en la novela. Lo cierto es que Smith, como **John Dee** doscientos años antes, estableció contactos con ángeles que le hablaron —y le dejaron incluso escritos— en una lengua ininteligible, entregándole unas piedras con las que podría comunicarse con ellos. Hoy son más de catorce millones los fieles que la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días tiene por todo el mundo, y todos conocen al pie de la letra los encuentros de su fundador con un ángel que se le presentó bajo el nombre de Moroni.

K

Kaaba. En el capítulo 15 ► de *El ángel perdido* se plantea por primera vez uno de los asuntos troncales de esta obra. Surge durante la primera conversación que mantiene Julia Álvarez con Daniel Knight, en casa de Sheila Graham. Knight, en un arrebatado de erudición, dice: «A fin de cuentas, los grandes arcanos de la humanidad están ligados a la comunicación directa con Dios. ¿Qué

fueron el Arca de la Alianza, el Santo Grial o la Kaaba sino herramientas para dirigirse a Él?» La Kaaba o *AlHajdar al aswad* es una piedra negra, un **betilo**, que se venera desde hace siglos en La Meca, en una estructura cuadrada que sólo deja entrever una parte de la misma para que los peregrinos la besen. Según una de las tradiciones islámicas que la explican, esta piedra cayó envuelta en llamas desde el cielo, perforándolo y permitiendo una impagable vía de comunicación entre el Paraíso y los hombres. Al parecer, la piedra traía consigo un mensaje del arcángel Gabriel para el patriarca Abraham. Quizá por eso se la conoce también como «la mano derecha de Dios» (*Yamin Allah*).

Otra tradición no menos intrigante afirma que la Kaaba es una de las piedras que Dios colocó en la fundación de Jerusalén, y que fue importada directamente desde el Edén. Probablemente no exista en la actualidad una piedra «de comunicación» tan venerada como ésta.

Kasskara. Capital mítica de los antepasados de los indios hopi de Arizona, es citada en el capítulo 69 ► como una versión más del mito de la Atlántida, nacido a espaldas de Platón. Según los **hopi**, nuestro planeta tuvo varias «capitales del mundo» en la Antigüedad que fueron desapareciendo tras sucesivos cataclismos globales. Kasskara fue la tercera de esas ciudades; en realidad fue también el nombre de un continente situado en el océano Pacífico que desapareció tras una gigantesca inundación. El relato completo de Kasskara se publicó por primera vez en español en marzo de 1980, en un número especial de la revista *Mundo Desconocido* que entonces dirigía un escritor y periodista llamado Andreas Faber-Kaiser y que, con probabilidad, inspiró a Javier Sierra el nombre de Martin Faber, el climatólogo que articula la trama de tensión de *El ángel perdido*.

Katchinas. Divinidades de los indios **hopi** que aún hoy se representan en pequeñas figuritas de barro y madera, de aspecto temible, para, según dicen, acostumbrar a los niños a su desagradable presencia. Los katchinas fueron entidades que gozaron de privilegios tecnológicos notables, como el don de volar en una suerte de calabazas ingravidas que se desplazaban merced a algo que los indios llaman hoy «fuerza magnética». Su impacto en la cultura hopi es grande, inspirando danzas y máscaras que parecen sacadas de sus peores pesadillas. En *El ángel perdido* se los describe (capítulo 70 ►) como dioses instructores, aquellos que trajeron los conocimientos de ganadería y agricultura a los hopi en algún momento de la noche de los tiempos. Lo que no dice es que gozaron del don de la profecía, ya que previnieron a los indios de la próxima llegada de hombres blancos venidos desde los confines del mar. Eran capaces de proezas como la de engendrar hijos sin mediar contacto carnal, de transmitirse noticias sólo con el pensamiento, de cortar y transportar grandes rocas y hasta de trazar complejas instalaciones subterráneas todavía no descubiertas por los arqueólogos.

Keyhole. Nombre genérico para una generación de satélites espía al servicio de la CIA norteamericana, algunas de cuyas unidades obtuvieron las primeras imágenes de cierta «**anomalía del Ararat**», cerca de la cumbre de esa montaña turca, posteriormente identificada como restos de la mítica **Arca de Noé**. Aunque el papel de los satélites Keyhole, o KH, se subraya en diversos momentos de la trama, la primera vez que aparecen citados es en el capítulo 40 ►.

L

Lapsis exillis. Término latino empleado en el último capítulo de la novela por el deán Benigno Fornés (capítulo 103 ►) para referirse a las piedras que transitan por toda la obra. El primero en utilizar este término fue Wolfram von Eschembach, a finales del siglo XII, en su *Parzival*. Sus 25.000 versos narran las aventuras del caballero que da

nombre a la obra en busca del Santo Grial, que él describe como una piedra celeste. *Lapsis ex illis* podría ser, pues, una derivación de *lapis ex caelis* («piedra del cielo»), *lapsit ex caelis* («cayó del cielo») o incluso *lapis lapsus ex caelis* («piedra caída del cielo»). Aunque, seguramente, todas remiten a las entonces celebres *lapis betilis*, esto es, **betilos** o piedras meteóricas consideradas sagradas por muchas culturas del mundo antiguo, entre ellas la egipcia.

Lengua enochiana. Idioma supuestamente de origen angélico recibido por **John Dee** y sus seguidores a finales del siglo XVI, formado a partir de 21 letras, 19 llaves o invocaciones y más de un centenar de inescrutables tablas de letras compuestas hasta por 2.041 caracteres, cuyas combinaciones —aseguraban— permitían establecer contacto con «planos superiores» de la realidad. La lengua enochiana se olvidó hasta entrado en el siglo XIX, siendo recuperada por organizaciones ocultistas como la Golden Dawn, que la han preservado hasta nuestros días. Signos extraídos de esa lengua salpican la novela de Javier Sierra en momentos importantes de su trama y es la lengua en la que Artemi Dujok recita sus extraños ensalmos, que forman parte de las llaves invocadoras reales usadas por John Dee (capítulo 98 ►).

A continuación reproducimos las frases en enochiano que Javier Sierra incorporó en la trama de su novela, con su correspondiente traducción al castellano.

Capítulo 22▶	<i>Zacar od zamran; odo cide qaa... ... Zorge lap sirdo noco Mad... ... Zorge nap sidun... ... Hoath Iada.</i>	Moveos y mostraos; abrid los misterios de la creación... ... sed amistosos porque sirvo al mismo Dios que vosotros... ... el verdadero adorador... ... del Altísimo. (Ensalmo 13, John Dee.)
Capítulo 34▶	<i>Sobra zol ror i ta nazpsad!</i>	¡En sus manos el Sol es una espada! (Ensalmo 1, John Dee.)
Capítulo 35▶	<i>Lap zirdo noco Mad, hoath Iaida. Zacar, uniglag od imvamat pugo plapli ananael qaan.</i>	Sirvo al mismo Dios que tú, como verdadero adorador del Altísimo. (Ensalmo 1, John Dee.) Moveos, descended y sumaos a nosotros como parte del conocimiento secreto de tu Creación. (Ensalmo 3, John Dee.)
Capítulo 51▶	<i>Ol sonf vors g, gohó Iad Balt, lansh calz vonpho...</i>	Reino sobre ti, dice el Dios de la Justicia, con el poder exaltado sobre los firmamentos de cólera... (Ensalmo 1, John Dee.)
Capítulo 63▶	<i>Dooaip Qaal, zacar, od zamram obelisong.</i>	En nombre del Creador, moveos y mostraos como siervos obedientes. (Ensalmo 4, John Dee.)

Libro de Enoc. Fechado alrededor del siglo II a. J.C., este libro se atribuye al primer profeta bíblico que fue arrebatado a los cielos por Yahvé y recorrió las «esferas celestiales» sin haber muerto. La obra es prolija en detalles sobre la caída de los ángeles y las causas que llevaron a Dios a querer destruir al género humano con el **Diluvio Universal**. En sus páginas, Enoc escribe en primera persona su

ascensión a los cielos, el paso por diversos mundos, hace alarde de conocimientos astronómicos precisos e incluso sugiere haber hablado con Dios en persona.

Esta obra fue casi desconocida en Europa hasta 1773, cuando el viajero escocés James Bruce se trajo dos copias en buen estado desde Etiopía. Con todo, tenemos sobrados argumentos para creer que el mago isabelino **John Dee** tuvo acceso privilegiado a su contenido algo antes, en el siglo xvi. *El ángel perdido* le confiere una gran importancia en su trama, especialmente en el capítulo 27 ►.

La estructura del *Libro de Enoc* es desordenada. Sus primeros cinco capítulos anuncian una especie de fin de los tiempos. Después dedica once más a la «caída de los ángeles» y a cómo éstos se mezclaron con mujeres humanas a las que dejaron preñadas de una estirpe contaminada. Después, sin nexo alguno en la narración, pasa a describir sus viajes por las bóvedas celestiales, y termina hablando de cuestiones astronómicas teóricas y anunciando a su hijo Matusalén que un gran Diluvio —por culpa de esa estirpe angélica— está a punto de acabar con la vida en la Tierra.

Libro del Génesis. Es una de las fuentes clave de las que bebe Javier Sierra para la construcción del entramado de su novela. Es el primer libro de la Biblia y, según la tradición hebrea, fue escrito por Moisés para recopilar cuanto se sabía de los orígenes de nuestra especie antes de la llegada del **Diluvio Universal** y poco después. En el Génesis, por este orden, podemos encontrar los relatos de la creación del mundo, del Paraíso y la expulsión del mismo de los «primeros padres», la traición de Caín hacia Abel, el Diluvio, la caída de la Torre de Babel, la irrupción de los primeros patriarcas con Abraham a la cabeza y las peripecias de Jacob y sus descendientes.

Además del Diluvio, es de este último personaje del que más se ocupa Javier Sierra. Cuando en el capítulo 35 el padre Graham está a punto de bendecir el matrimonio citando la Biblia, refiere episodios como el de la **escalera de Jacob** que menciona el Génesis 28, 11-13. La frase que el sacerdote declama en el capítulo 35 ► —«¡Aquí

está la casa de Dios y la puerta a los cielos!»— se corresponde con Génesis 28, 17 y entronca con el tema recurrente en el autor de los «lugares-puerta» que sirven de puente entre este mundo y el otro.

M

Melek Taus. Citado tan sólo en el capítulo 65 ►, es la divinidad que preside la religión **yezidí**. A menudo se lo representa como un pavo real, aunque su naturaleza es la de ángel intermediario de Dios. Se trata de uno de los ángeles rebeldes que expulsó Yahvé del paraíso pero que, a diferencia del resto, llegó a redimirse de sus pecados y convertirse en patrón de la humanidad. Es muy probable que Taus sea una deformación del dios griego Zeus, y que por tanto Melek Taus deba interpretarse como «ángel de Dios». Eso convierte al yezidí en uno de los pocos cultos exclusivamente angélicos que existen sobre la faz de la Tierra.

Monas Hieroglyphica. Castellanzada como Mónada Jeroglífica, o simplemente Monas, este símbolo creado por **John Dee** encierra la fórmula para dominar una nueva ciencia compuesta por la cábala, la alquimia y las matemáticas que, en palabras de la experta Frances Yates «habría permitido a quien la profesara subir y bajar por las escaleras del ser, desde las esferas más bajas hasta las más altas; en la esfera superceleste Dee creyó haber descubierto el secreto para invocar a los ángeles mediante computaciones matemáticas».⁸ Partiendo de ese singular símbolo, a menudo interpretado sólo en clave mágica, *El ángel perdido* lo disecciona convirtiéndolo en una profecía legible por mentes científicas contemporáneas.



Pero *Monas Hierogliphica* es también el título de la obra impresa más célebre de John Dee. Publicada en Amberes en 1564,⁹ el mago la redactó en sólo doce días, poco después de leer la *Stenographia* de Tritemio, uno de los libros sobre encriptación más célebres de todos los tiempos. Comúnmente se la considera una obra de alquimia, pero semiólogos de reconocido prestigio como Umberto Eco tienen la impresión de que se trata de un intento de Dee por elaborar «un alfabeto de carácter geométrico-visual».¹⁰ De hecho, en su libro el mago formula 24 teoremas en los que rotando, invirtiendo, seccionando y permutando partes del símbolo obtiene otros muchos con los más variados significados. Por tanto, la idea de Sierra de que su misterioso talismán es, en realidad, un compendio de información oculta de carácter cosmológico no puede ser más acertada.

Museo Británico. En el capítulo 15 ► Sheila Graham explica con contundencia a Julia Álvarez que en las vitrinas del Departamento de Antigüedades del Museo Británico se exponen piedras que pertenecieron a **John Dee** pero que no son, en modo alguno, tan poderosas como las **adamantas** que ella y Daniel Knight custodian. Esas piedras se exponen aún hoy en la sala 44 del referido departamento, en una urna con la humedad y la temperatura controladas, a la vista de cualquier visitante.

Naymlap. Citado por el padre Graham en el capítulo 29 ►, se trata de uno de los muchos «dioses instructores» llegados del mar que pueblan los mitos de los antiguos peruanos. Naymlap llegó desde el Oeste por mar, desembarcó en algún lugar cercano al río Lambayeque e introdujo los conceptos básicos de la civilización en esos territorios: enseñó a los nativos a pescar, cazar, domesticar animales y cultivar. Los expertos sitúan la odisea de Naymlap alrededor del siglo IX de nuestra era, y no son pocos los que especulan que pudo haber sido algún navegante oriental, o incluso de alguna cultura americana del área de Ecuador.

Nerir nrants, Ter, yev qo girkn endhuni! Expresión citada en armenio en el capítulo 10 ► de la novela, que significa «¡Perdónalos, Señor, y acógelos en tu seno!».

Nicolás Roerich (1874-1947). Pintor ruso de fuertes raíces esotéricas cuyos lienzos son unos de los más apreciados que hoy se exponen en su país natal. Su vida está llena de aventuras y episodios extraños, como el que protagonizó en 1925 en la cordillera del Karakorum al vislumbrar, a plena luz del día, un extraño objeto volante que los ламas que lo acompañaban no tardaron en identificar como un «signo de Shambhala», el mundo subterráneo que rige —según su tradición— nuestro destino. Roerich es mencionado en el capítulo 76 ► en relación a la piedra **chintamani**, otra roca con la que sería posible establecer un canal de comunicación con los cielos. Sin embargo, pese a que *El ángel perdido* subraya esa faceta sobrenatural suya, Roerich fue un hombre con los pies muy en la tierra. Fue uno de los creadores de nuestro moderno concepto de cultura —que incluye no sólo obras de arte, literarias o intelectuales, sino también costumbres y tradiciones —, amén de un decidido impulsor de la paz mundial que llegó a ser nominado para el premio Nobel en esa materia. Creó incluso una bandera de la paz que hoy se reconoce internacionalmente, y hasta una montaña en la cordillera de Altaï lleva su nombre.



Nicolás Roerich

Noé. Su nombre significa «descanso» o «consuelo». La biografía de este personaje es oscura y bebe de fuentes muy diversas. Por un lado, la tradición hebrea más antigua le atribuye dones propios de

los dioses instructores del paganismo, como la enseñanza del cultivo de vides. Aunque el mérito que lo hizo pasar a la historia fue el de padre de la nueva humanidad que surgió tras la catástrofe del **Diluvio Universal**. Es hijo de Lamec y padre de Sem, Cam y Jafet, de quienes derivarían las tribus principales del judaísmo.

En el **Libro del Génesis** (3, 17 o 4, 12) se le menciona repetidamente como vinicultor, aspecto que en el contexto de esta novela es importante ya que lo emparenta con **Juan de Estivadas**.

Lo que fascina a Sierra de este personaje es que se trata de uno de esos pocos hombres del mundo antiguo que tuvo la oportunidad de comunicarse con lo divino. En Génesis 8, 20 se cuenta cómo tras el Diluvio construye un altar para ofrecer un sacrificio a Yahvé y éste se le manifiesta firmando con él una alianza: ya no volverá a destruir la humanidad. Y lo rubricará colocando el arco iris en los cielos como señal intemporal de ese compromiso.

Noela. Tía de Julia Álvarez, perteneciente a la tradición de brujas que la inició a los nueve años en la **playa de Langosteira**. Lo interesante de este personaje, que no aparece hasta el capítulo 97 ►, es su vínculo etimológico con Noé. Aunque el autor no lo diga, Noela debe de ser nativa de la villa de Noia, donde un alto porcentaje de sus niñas reciben aún ese nombre al nacer.

Noia (también Noya). Población coruñesa emplazada en la Costa da Morte de donde es originaria Julia Álvarez, la protagonista de *El ángel perdido*. Pocos saben que su escudo de armas representa el **Arca de Noé** encallada en el cercano monte Aro o que la propia etimología de su nombre deriva del propio patriarca bíblico. Una leyenda local (capítulo 41 ►) asegura que una de las supervivientes del **Diluvio Universal**, una hija (o nieta, según la fuente que se consulte) de **Noé** llamada Noela arribó a esas costas hace cinco mil años y repobló el mundo desde el *finis terrae*. Sus alrededores están

sembrados de restos prehistóricos, petroglifos y dólmenes que certifican la presencia de asentamientos humanos en la zona desde hace más de cinco mil años.

A las afueras de la villa se encuentra la ensenada de A Barquiña, cuyo nombre evoca el Arca noética. Este lugar y sus alrededores sirvieron de puerto de entrada en el Atlántico a los peregrinos que deseaban rezar ante la tumba del apóstol Santiago.

Noyon. Capital de la región francesa de la Picardía, que aparece fugazmente en la novela en el capítulo 77 ►. Sin duda, Javier Sierra decidió incluirla por tratarse de otro topónimo de inspiración noética, al igual que otras poblaciones cercanas al Camino de Santiago español como Noenlles, en La Coruña, Noain, en Navarra, u otros mencionados también en el capítulo 41 ► del libro. Pero, sobre todo, por disponer de una importante catedral gótica dedicada a *Notre Dame*, levantada entre 1145 y 1235, casi a la par que la de Chartres, y formar parte del mapa de templos franceses cuya construcción emuló la forma de la constelación de Virgo, tal y como se describe en otra novela de Sierra, *Las puertas templarias*.



Escudo de armas de Noia

PKK. Siglas del Partido de los Trabajadores del Kurdistan. En *El ángel perdido* se describe a esta organización como «una facción política ilegal de inspiración marxista enfrentada desde hace décadas a las autoridades turcas» (capítulo 9 ►). Su brazo armado es considerado una organización terrorista por Estados Unidos, la Unión Europea y Turquía.

Playa de la Langosteira. Aparece en el capítulo 96 de *El ángel perdido* para subrayar el vínculo de Julia Álvarez con la tradición brujeril del noroeste de la península Ibérica. Ese lugar, emplazado en el término de Fisterra (la *finis terrae* de los romanos) es una ensenada de dos kilómetros de longitud, de aguas tranquilas y arenas limpias. Desde antaño, el lugar es un epicentro del misterio. Ptolomeo (II, 6, 2) situó allí el *Artabrom Limen*, o puerto de los ártabros, y Estrabón lo confirmó diciendo que era el acceso a un área de «muchas ciudades», hoy desaparecidas sin rastro. Con casi toda seguridad fue el punto y final de las peregrinaciones jacobeanas más severas, que veían en esas arenas el auténtico fin del mundo. No resulta, pues, extraño que Javier Sierra la eligiese como el lugar de iniciación de Julia a su vida psíquica, como símbolo inequívoco de que allá donde acaba lo conocido se inicia lo trascendente.

Pórtico de la Gloria. Esta obra escultórica del maestro Mateo que flanquea el paso a la **catedral de Santiago** sustituyó a un pórtico anterior en el que se conmemoraba la transfiguración de Jesús en el Monte Tabor. Ese cambio fue un drama para quienes conocieron el sentido íntimo del Camino, ya que esa transmutación interior era justo lo que buscaban los antiguos peregrinos de la Ruta Jacobea y lo que celebraban al cruzar ese umbral tras semanas de caminata. El padre Benigno Fornés explica en detalle esa «traición» al verdadero espíritu compostelano en el capítulo 103 ►, aunque podría haber recitado el párrafo que Aymeric Picaud dedicó en el siglo XII, en su primera guía del Camino del Santiago, conocida como el *Codex Calixtinus*, a esa obra anterior a la de Mateo. «En la parte de arriba

—escribió— está bellamente esculpida la transfiguración del Señor, tal cual sucedió en el Monte Tabor. Aparece, en efecto, el Señor envuelto en una blanca nube, con el rostro resplandeciente como el Sol y la túnica refulgente como la nieve; el Padre le habla desde lo alto, mientras que Moisés y **Elías**, que se aparecieron al mismo tiempo, hablan con Él de la muerte que había de afrontar en Jerusalén.»

No es casual que una escena como ésta se representara al final de una ruta de peregrinación a la supuesta tumba del apóstol Santiago. A fin de cuentas, según los Evangelios (Mateo 17, 1-9 y Lucas 9, 28-36), testigos de esa transfiguración fueron Santiago, Pedro y Juan. Todo en el «artefacto simbólico» de este lugar encaja con sutileza. La misma que ha empleado Javier Sierra al asociar este lugar a un personaje como Julia Álvarez, que se transmuta durante una experiencia de casi muerte, a pocos metros del Pórtico de la Gloria.

Según Jaime Cobreros, experto en los secretos simbólicos de la Ruta Jacobea, «la Transfiguración del primer pórtico occidental románico de la catedral de Santiago de Compostela era el remate dispuesto según el orden natural de las cosas que daba al Camino toda su verdadera dimensión, su altura, anchura y profundidad, anunciándole al peregrino de forma inequívoca su transformación inmediata en cuanto, recibido el perdón de sus culpas, se postrara ante los huesos verdaderos de uno de los protagonistas de aquella misma Transfiguración».



Pórtico de la Gloria

Proyecto Elías. En la ficción, primera operación de los servicios de inteligencia de Estados Unidos, puesta en marcha por orden ejecutiva del presidente **Chester Arthur** a finales del siglo XIX y todavía activa. Su objetivo es monopolizar cualquier intento de comunicación con cualquier inteligencia superior. En la actualidad opera bajo el paraguas de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA).

S

Santa Echmiadzin. Con ese nombre se refiere Javier Sierra a la catedral que preside la ciudad sagrada de los armenios. Es el templo cristiano más antiguo del país y uno de los más viejos del mundo, ya que esta región se convirtió en fecha muy temprana a la fe de Jesús. Según la *Historia de los Armenios*, escrita hacia el 460 d. J.C., san Gregorio el Iluminador tuvo una visión en el solar de la catedral en el que los cielos se abrieron de par en par y un rayo de luz cayó sobre la Tierra, marcando el lugar. Al poco, una procesión de ángeles descendió por esa misma luz con Jesucristo al frente. Éste golpeó tres veces con un martillo dorado el suelo, y de él surgió una

columna con base de oro puro y otra de fuego, que se perdió hacia las nubes en medio de un gran estruendo. Leyendas al margen, lo cierto es que los orígenes de este lugar santo se remontan al siglo IV, y en su interior se custodian venerables reliquias como la mano del propio san Gregorio, una de las varias Lanzas de Longinos con la que se cree que este centurión atravesó el costado de Cristo y, sobre todo, un trozo de madera petrificada del **Arca de Noé** que la novela describe con todo lujo de detalles en su capítulo 52 ►, y cuya radiodatación fechó hace algún tiempo en unos 6.000 años de antigüedad.

Santa María a Nova. Es uno de los escenarios fundamentales de *El ángel perdido*. Se emplaza en el corazón de un cementerio medieval semioculto en el corazón del pueblo coruñés de **Noia**. Consagrada en 1327 sobre las ruinas de un templo anterior, Santa María a Nova da cobijo a cientos de lápidas de hasta siete siglos de antigüedad, inscritas con símbolos relativos a gremios, oficios y peregrinos, aunque no pocos aguardan a ser descifrados. Lo cierto es que estas lápidas —*laudas* en gallego— corresponden a tumbas sin muertos, lo que ha dado pie a innumerables especulaciones sobre su propósito. Estamos, sin duda, ante una de las iglesias más misteriosas de Galicia que, pese a haber sido desacralizada y convertida en un museo, conserva intacto todo su magnetismo.

STEREO. Siglas de *Solar TERrestrial RElations Observatory*, se refieren a dos sondas que la NASA puso en órbita en octubre de 2006 para estudiar al detalle las relaciones magnéticas que existen entre nuestro planeta y el Astro Rey. Sus datos han puesto al descubierto detalles sobre las erupciones solares inéditos hasta la fecha, y forman parte esencial del programa de «meteorología espacial» que, en adelante, será capaz de alertarnos de tormentas solares que puedan resultar dañinas a nuestro planeta. Su funcionamiento se describe en el capítulo 86 ►.



Santa María a Nova

T

Tormenta solar. El Sol padece cada cierto tiempo «crisis» en su superficie que derivan en gigantescas erupciones de plasma. Si su orientación coincide con la situación de la Tierra en ese momento, la radiación electromagnética que desprenden tardaría apenas ocho minutos en alcanzarnos, afectando al funcionamiento de nuestros satélites de comunicaciones y alterando incluso sus órbitas. *El ángel perdido* describe de modo elocuente la secuencia de eventos en su capítulo 86 ►. Y es que, tras ese primer impacto, en cuestión de horas una auténtica lluvia de partículas de plasma de fuerte carga eléctrica se precipitará sobre la superficie terrestre, alterando los sistemas eléctricos y electrónicos y pudiendo causar apagones y severas alteraciones en el corazón de nuestra civilización.

Véanse también **Apagón** y **Eyección de Masa Coronal** en este mismo diccionario.

U

Uriel. Su nombre tiene varios significados: desde «Dios es mi luz» hasta «fuego de Dios». Se trata de uno de los siete arcángeles que menciona el profeta Enoch y que domina sobre el Tártaro. Algunos exégetas creen que fue el ángel que descendió a la Tierra para pelear cuerpo a cuerpo con Jacob, episodio que la novela evoca en los capítulos 63 y 66 ►. Y algunos textos midráshicos sugieren que fue el ángel que se manifestó a **Noé** advirtiéndole de la inminente llegada del **Diluvio**. Por si esto fuera poco, parece que también **John Dee** se encontró con él en mayo de 1581, cuando se le manifestó en forma de un ángel niño que le ofrecía un huevo de cristal (capítulo 87 ►).

Urim y Tumim. En hebreo, «luces» y «recipientes». Son los nombres propios de dos piedras sagradas que se atesoraban en el Templo de Salomón, en Jerusalén, y de las que *El ángel perdido* habla por primera vez en el capítulo 55 ►. Al parecer, los antiguos sacerdotes israelitas las utilizaban como piedras oraculares para

elevar sus peticiones a Yahvé (Éxodo 28, 30; Levítico 8, 8; Números 27, 21). El aspecto de ambas piedras es hoy desconocido, pero parece que podían engastarse en el pectoral del oficiante y se guardaban en un estuche parecido al que Sheila Graham muestra a Julia Álvarez en la víspera de su boda con Martin Faber.

Estas dos piedras son particularmente importantes para los mormones. En el *Libro de Éter*, por ejemplo, se detalla cómo Dios entregó a uno de sus profetas estas rocas con el fin de que pudiera servirse de ellas para traducir un idioma desconocido. De hecho, según la tradición mormona Urim y Tumim fueron escondidas junto al libro de oro que **Joseph Smith** recibió del arcángel Uriel, y con su ayuda logró traducir al inglés los extraños signos que componían sus páginas. Eso sí, en el *Libro de Mormón* se advierte que sólo aquel que sea vidente, que tenga el mismo «don de la visión» del que hace gala Julia Álvarez en la novela, podrá servirse de estas piedras (Mosías 8, 13).

Joseph Smith fue el último occidental que afirmó haber visto Urim y Tumim, y las describió como dos piedras engastadas en un arco de plata y ajustadas a una coraza. De sus palabras se desprende que servían como vía de comunicación directa con Dios. Un don, por cierto, coherente con la descripción que Flavio Josefo hizo de ellas en el libro III de sus *Antigüedades de los Judíos* (capítulo 7, sección 5) al describir un pectoral que llama «el oráculo» y del que emanaban rayos brillantes que no eran naturales.

Es obvio que Javier Sierra accedió a toda esta documentación antes de reconstruir el aspecto y funcionalidad de las **adamantas** de su novela.

Utnapishtim. El historiador babilónico Beroso lo llamará también Xisutros. Es el sabio con el que se reunirá Gilgamesh al final de su *Epopéya* para arrancarle el secreto de la inmortalidad. Utnapishtim fue bendecido con ella por los dioses después de que se salvara de un **Diluvio** que destruyó al resto de la humanidad.

Resulta muy significativo que este encuentro con el inmortal Utnapishtim termine en una lección que defiende que debemos resignarnos ante la muerte, aplacar nuestras ansias de querer poseerlo todo y encontrar consuelo en la obtención de la sabiduría. Esa enseñanza final de la Epopeya convierte a ese libro en un texto iniciático y a Utnapishtim en un verdadero iniciador.

Uzza. Según el segundo Libro de Samuel (capítulo 6), nombre de uno de los portadores del **Arca de la Alianza** que murió al tratar de impedir que ésta cayera al suelo. Pese a las advertencias que recibió de los sacerdotes, este portador tocó el cofre que guardaba las Tablas de la Ley y murió fulminado por «la furia de Dios». *El ángel perdido* cuenta su historia en el capítulo 17 ►.

V

VLA. *Very Large Array Telescope.* Ubicado en los Llanos de San Agustín, en Nuevo México, este observatorio astronómico compuesto por veintisiete antenas, cada una de 25 metros de diámetro, es el mayor «oído» terrestre que existe. Su principal función es escuchar el espacio profundo, en especial púlsares, cuásares, emisiones de radio procedentes de estrellas lejanas y hasta frecuencias desprendidas por los planetas de nuestro entorno o el Sol. Aunque se hizo mundialmente famoso gracias a la película *Contact*, sus instalaciones no se han empleado nunca en la búsqueda de señales de radio inteligentes procedentes de otros mundos. En *El ángel perdido* se encomendará a esta instalación la tarea de ubicar el destino de una emisión electromagnética particular. Lo que determinará el desenlace de toda la trama.

W

William Seabrook (1884-1945). El autor de *Adventures in Arabia* es mencionado en el capítulo 58 ► en relación a la misteriosa etnia de los **yezidís** y su leyenda de las «torres del mal». Según éstos, distribuidas por el mundo existieron hasta siete construcciones inspiradas por Satán desde las que éste irradiaba su maldad al mundo. Seabrook, viajero y periodista para *The New York Times*, *Vanity Fair* o *Reader's Digest*, se ganó una curiosa reputación como «viajero al más allá» con la que impregnó cada una de sus crónicas. Finalmente, en septiembre de 1945 se suicidó con un cóctel de pastillas tras una etapa depresiva en la que se abandonó al alcohol.

Y

Yezidís. Esta desconocida minoría religiosa y étnica —apenas quedan 100.000 individuos en todo el mundo— se extiende por los actuales territorios de Irak, Irán, Turquía y **Armenia**, y juega un papel fundamental en *El ángel perdido*. No sólo porque uno de sus principales protagonistas, el *sheikh* Artemi Dujok, pertenece a este grupo de adoradores del «ángel caído» Melek Taus, sino por toda la intrahistoria que esconden. De entrada, los yezidís se consideran descendientes de Adán, no de Eva. Creen en la reencarnación y en la inocencia de Lucifer. Incluso adoran a las serpientes. Todo esto les ha granjeado una peligrosa fama de «adoradores del diablo» que ha justificado su persecución tanto por musulmanes como por el caído dictador Sadam Hussein. Pero, al tiempo, también la atracción de escritores como H. P. Lovecraft —que les dedicó uno de sus relatos de terror, «The Horror at Red Hook»—¹¹ o de satanistas contemporáneos como Anton LaVey.

Sus vínculos con la historia del **Diluvio Universal** también son notables. Eyn Sifni, la mayor y más importante ciudad yezidí en el Kurdistán iraquí, es según ellos el lugar en el que empezó la catástrofe. De hecho, el topónimo Eyn Sifni significa literalmente «barco de Noé», en un juego de palabras a los que son muy

aficionados tradicionalmente los miembros de esta etnia. De hecho, a las afueras de la ciudad aún puede visitarse el pozo que dicen inició la tragedia y que es protegido por el *Baba Sheikh* (o papa Yezidí), que reside allí para venerar la tumba de Adi, su fundador.

Análisis

Las raíces biográficas de *El ángel perdido*

por Enrique de Vicente*

El ángel perdido (2011) es una novela magistral que merece contarse entre aquellas que perduran más allá de las modas. Conozco a su autor desde hace veintitrés años, he visto —e incluso vivido de cerca— su evolución primero como periodista de investigación y luego como escritor, y ahora que acaba de ver la luz su nuevo trabajo, me siento capaz de justificar esta afirmación con argumentos. Vayan por delante, primero, algunos en torno a sus primeros libros. Obras cuyo análisis considero necesario para alcanzar una mejor comprensión del núcleo de *El ángel perdido*, para mí, sin duda, su mejor novela hasta la fecha.

Sus primeros ángeles

Hace dieciséis años, Javier Sierra publicaba su primer libro. Fue un ensayo periodístico, hoy casi fuera de circulación, titulado *Roswell: secreto de Estado* (1995). En él analizaba un episodio que, de ser cierto, resultaría uno de los más importantes de la historia moderna: la caída de una supuesta nave de otro mundo en medio del mismo desierto en el que, sólo dos años antes, se habían detonado las primeras armas atómicas. No es difícil ver ahora en ese trabajo de juventud, escrito al calor de su temprana fascinación por los grandes enigmas de la ciencia y la historia, un primer esbozo de su obsesión por el tema arquetípico de los ángeles caídos.

Para aquel precoz pero exhaustivo trabajo, Sierra viajó dos veces a Nuevo México, el escenario donde se desarrollaron esos cruciales acontecimientos en 1947. Allí, mientras realizaba sus tareas «de campo» como reportero, pronto se familiarizó con las tradiciones de los indios hopi y reunió información crucial para la que, más tarde, sería su primera novela: *La dama azul* (1998). Aquella ópera prima literaria —original, arriesgada y que se anticipó en una década al *boom* de los *thrillers* de misterio histórico— biografiaba a una monja soriana del siglo ^{xvii} que tenía el don de la bilocación y que, según las crónicas de su época, había sido vista a la vez en España y América. Javier desarrolló su aventura combinando sucesos documentados acaecidos hacía cuatro siglos con las averiguaciones de un joven periodista y las tribulaciones de una ex espía de la Agencia Nacional de Seguridad norteamericana. Pero, atención: por aquella novela desfilaron también unos ángeles tan heterodoxos como los que ahora, trece años después, sustentan *El ángel perdido*.

Pasó el tiempo y en otra de sus visitas a Nuevo México, Sierra conoció al anterior gobernador del estado, Bill Richardson, cuya figura le ha servido para construir el personaje de Roger Castle. Fue en 2007 cuando nuestro autor llegó a reunirse con él y le convenció para que la localidad de Ágreda (de la que era nativa la Dama Azul) y ese territorio norteamericano se hermanasen formalmente, inspirados por las bilocaciones de tan polifacética religiosa de clausura.

Escaleras hacia la inmortalidad

Vida y obra se entremezclan, pues, en este autor de un modo que no debería pasar desapercibido a sus millones de lectores.

Veamos otro ejemplo. El *11 de agosto de 1999* —subrayo la fecha por una secuencia que a continuación desarrollaré— Javier tomó la determinación de celebrar su vigésimo octavo cumpleaños

en la catedral francesa de Chartres. En aquella fecha, esa joya de la arquitectura gótica se situaba en el epicentro de la franja europea donde la oscuridad absoluta de un eclipse total de Sol se adueñó de la Tierra. Ocurrió a mediodía y ello le permitió ser testigo de un fenómeno que tendría un papel tan importante como la propia Chartres en *Las puertas templarias* (2000), segunda novela de Sierra, pero que ahora ha rescatado de nuevo para *El ángel perdido*.

En aquella obra templaria, precursora en muchos aspectos de esta última, Javier entremezcló nuestra época con la de los constructores de catedrales con el claro objetivo de confiarnos una idea simbólica: que éstas fueron concebidas como escaleras al cielo por las cuales los ángeles podrían descender a la Tierra o regresar al Paraíso.

Pero sigamos.

Un *12 de agosto*, exactamente dos siglos antes, Napoleón Bonaparte pasó una noche entera en la Gran Pirámide. Sólo diez días más tarde abandonaba a sus tropas huyendo hacia la caótica Francia, donde en pocas semanas se convertiría en su Primer Cónsul primero, para lanzarse a la conquista de Europa después. Desentrañar qué le ocurrió a Bonaparte y en qué modo le influyó esa pernocta constituyó el núcleo de su tercera novela, *El secreto egipcio de Napoleón* (2002). En ella, lo esencial es la búsqueda de la inmortalidad, el núcleo duro de la iniciación en los misterios de Isis y Osiris, de los que Bonaparte estaba convencido que había bebido hasta el propio Jesucristo.

Vencer a la muerte fue, sin duda, el asunto que más obsesionó a la gran civilización del Nilo. Pero en realidad ese interés es una herencia que hay que buscar en los tiempos del rey babilónico Gilgamesh, que no por casualidad juega un importante rol en *El ángel perdido*. Es éste, además, un tema que también está relacionado con las estrellas a las que los arquitectos faraónicos orientaron las galerías de la Gran Pirámide. De algún modo, como ocurriría siglos después en Chartres, su propósito último fue que sus

obras actuaran como puertas a las estrellas y que el alma de los faraones —o de los grandes iniciados— pudiese penetrar en las patrias celestes de sus míticos ancestros.

Estos conceptos «subterráneos», tan sutiles como evocadores, forman parte de una antigua sabiduría, probablemente olvidada tras una remota catástrofe global en la que no pocos ven el eco del Diluvio bíblico, y que Sierra se propuso también documentar hace más una década, viajando de un extremo a otro del planeta. Por eso su segundo ensayo, *En busca de la Edad de Oro* (2000) recoge los indicios prehistóricos que sugieren la existencia de una civilización tragada por las aguas, al cual se remonta ahora, de algún modo, toda la trama de *El ángel perdido*.

Sierra es uno de los escasísimos autores de ficción internacional que combinan con maestría ensayos y novelas, y donde los primeros anticipan o ayudan a entender las segundas. Por eso conviene mirar también con lupa su libro de investigación sobre enigmas históricos *La ruta prohibida* (2007). Tanto su elocuente título como su capítulo 11 —en el cual recoge once topónimos relacionados con la palabra «estrella» dispersos por todo el Camino de Santiago— pronosticaban ya el escenario *compo-stelano* de *El ángel perdido*, destinada, qué curioso, a ver la luz en 2011.

Juegos numéricos aparte, en lo que todos sus críticos están de acuerdo es en que a Sierra su consagración como escritor le llegó con *La cena secreta* (2004). En apenas dos años, ésta logró ser la primera obra española —y hasta ahora la única— que ha escalado hasta los primeros puestos en la prestigiosa lista de bestsellers publicada por *The New York Times*. Y, como consecuencia de su éxito, Javier se convirtió en el segundo autor español contemporáneo traducido a más idiomas.

La secuencia latente

11, 12, 13...

Como declarado creyente en el poder universal de los símbolos y amante de los malabarismos con cifras y letras, Javier culminó con *La cena secreta* su salto a las estrellas del Olimpo literario. Un salto preparado con el mismo esmero que pone en la base documental de sus novelas. Y si no, ojo al último número que he encontrado en su secuencia creativa. Fue el *13 de agosto de 1944* cuando los aliados bombardearon el monasterio Santa Maria delle Grazie y estuvieron a punto de acabar con *La Última Cena* de Leonardo da Vinci, que es el eje de su cuarta novela. Resulta significativo que Sierra no incluyera este tema en su argumento pero comenzase todas sus presentaciones públicas de *La cena secreta* con las espectaculares fotos resultantes de aquel acto de guerra. Su trama la centró en el siglo xv con objeto de exponer su estudio magistral de los múltiples enigmas que oculta este famoso fresco de Leonardo, reconstruyendo incluso la *fe secreta* que inspiró al artista.

El lector habrá adivinado ya que no estamos, pues, ante obras tan dispares como aparentan. Existen profundos nexos de unión entre ellas, muchos más que los trazados por cualquier otro novelista que yo conozca. Esos vínculos no sólo son temáticos sino que afectan —y esto es lo más importante— a la finalidad última de su obra. Porque en todos sus relatos parece que Sierra se propone transmitir mensajes trascendentes valiéndose de temas y personajes arquetípicos.

El ángel perdido no es una excepción.

Se remonta a los brumosos orígenes de la especie humana y de la civilización, previos a lo que él llama la Segunda Caída. Para ello se sirve del *Libro de Enoc*, un apócrifo veterotestamentario cuyas raíces se pierden en la noche de los tiempos. En sus páginas este profeta nos narra la decisión de los Vigilantes —a quienes el mundo cristiano conoce como ángeles caídos— de unirse con las hijas de los hombres y hacerlas conocedoras de todas sus artes y ciencias. Fruto de aquella unión nacen gigantes monstruosos cuyos excesos provocan el Diluvio. Pero antes de que las aguas limpien la Tierra,

cierta divinidad decidirá que las semillas de un nuevo mundo se preservarán en un Arca construida por el descendiente de la unión entre uno de esos ángeles y una humana.

Como explica la novela de Sierra, el relato del Diluvio y del héroe que consigue gestar una nueva civilización tras la destrucción de la anterior es el mito prehistórico más extendido de la Historia y también el más homogéneo. Por tanto, lo más sencillo es entenderlo como el reflejo legendario de un suceso real, de tal magnitud e intensidad que dejó una huella imborrable en nuestro inconsciente colectivo. Aunque también podemos ver en este episodio una alegoría con otros significados paralelos. El Arca puede interpretarse como un lugar en el que unos pocos elegidos se preparan para morir simbólicamente antes de renacer a una nueva vida. Admito que puede parecer algo enrevesada pero esta visión es compartida por las corrientes esotéricas que subyacen en todas las épocas y culturas. Como respuesta al temor más profundo del ser humano, la disolución final o diluvio individual, muerte y resurrección es su santo y seña.

Morir para renacer

Si traigo a cuento estas ideas es porque, como todas las grandes obras, *El ángel perdido* también permite segundas lecturas. Y una de las más importantes es la referente a la muerte.

Si prestamos atención, su primer capítulo comienza en la Noche de Difuntos, cuando según la tradición se abre una grieta entre el nuestro mundo y el más allá. Muchas páginas después, en el capítulo 97, Julia recordará cómo en otra noche de difuntos su abuela y su tía la conducen hasta la playa de la Langosteira, donde en una reunión de *meigas* se despierta su *segunda visión*, esa que le permitirá ver auras y detectar enfermedades. Esto sucede a escasa distancia del cabo de Finisterre, ese fin del mundo hacia el cual desde tiempos remotos viajaban los iniciados para morir y renacer.

Toda la Costa da Morte —imenudo nombre!— está sembrada por sus recuerdos, pero especialmente Noia, uno de los tres escenarios fundamentales de esta novela y uno de los varios topónimos de Noé que encontramos cerca de las costas atlánticas, cuya iglesia principal cobija lápidas inscritas con símbolos iniciáticos. De hecho, esa obsesión por el tema se reiterará asimismo en las descripciones de las experiencias cercanas a la muerte vividas por Julia y por el agente Allen.

Si traemos a nuestra memoria las obras más leídas de la historia y aquellas que han dejado huella más profunda en la humanidad, encontraremos que la inmensa mayoría de las mismas, en paralelo a su narración, están repletas de alegorías y mensajes crípticos dirigidos a *los que entienden*.

Eso sucedió ya en la *Epopéya de Gilgamesh*, el primer texto escrito que conocemos. La gran maldición a la que fue sometida la especie humana es la muerte, y eso ocurre desde que fuimos expulsados del Paraíso para que no comiéramos del Árbol de la Vida y nos equiparáramos a los dioses. El texto del *Gilgamesh* narra el viaje del héroe en busca del remedio que le permitirá superar a la parca. Pero no nos engañemos: más allá de las segundas lecturas y de los códigos cifrados, se adivina en el autor de la *Epopéya* la misma intención de moldear el inconsciente colectivo de los pueblos que heredarán obras posteriores como la *Odisea*, la *Ilíada*, la Biblia, el Corán, *Las mil y una noches*, los romances del Grial escritos por Chrétien de Troyes o Wolfram von Eschenbach, así como en los escritos de iniciados más «recientes» como Dante, Shakespeare, Cervantes, Rabelais o el mismo Julio Verne.

El viaje de la heroína y la Palabra Perdida

Mucho más cercanas a Sierra, en todos los sentidos, podemos mencionar a autoras como Marguerite Duras o Doris Lessing, algunas de cuyas obras están soterradas por corrientes ocultas y

mensajes trascendentes. Son meros ejemplos de la pujante emergencia del Principio Femenino que —tras milenios de negación y sometimiento por parte de una dictadura patriarcal planetaria— reemerge en nuestros días, impulsado por la necesidad absoluta de devolver el equilibrio a un mundo desquiciado por los excesos del Principio Masculino y positivista. Más allá de la eficaz polémica sobre Jesús y su presunto matrimonio con María Magdalena que convirtió la novela *El Código Da Vinci* en un fenómeno sociocultural sin precedentes, la clave oculta de su éxito fue la reivindicación de temas arquetípicos como el vientre-Grial, la gran Diosa, la antigua civilización matriarcal o un fallido sacerdocio femenino encabezado por la Magdalena; todas ellas expresiones de ese Principio Femenino que hoy reclama su lugar.

Y prestemos atención: Javier tiene el acierto de convertir a una mujer en la verdadera protagonista de esta novela. A través de sus páginas asistimos a la gestación de un nuevo mito, que marca un nuevo camino a las mujeres.

El clásico *viaje del héroe*, fundamento de todos los grandes mitos que han inspirado a la humanidad desde Gilgamesh hasta el Anakin Skywalker/Darth Vader de *Star Wars*, se convierte aquí en las andanzas de una heroína. Porque, heredera de una saga de brujas gallegas, Julia y su don psíquico excepcional son los verdaderos protagonistas de *El ángel perdido*. Es cierto que se trata de un viaje *pasivo*, como corresponde a la naturaleza última de lo femenino. Movida por las manos del destino y de los propios ángeles, a lo largo de su recorrido se enfrenta a sucesivas revelaciones que la conducen al encuentro del secreto último. Y, finalmente, el destino de los ángeles y el del propio planeta dependen de su psiquismo y de su voz excepcionales. Gracias a ella, pues, se produce el milagro.

Dicho episodio es la culminación de una búsqueda, que en *El ángel perdido* adquiere otra formulación: la persecución de la mayor reliquia bíblica que existe, al menos en tamaño. Y, para tener absoluta certeza de aquello que describe, Javier llegó incluso a realizar su propio ascenso al Monte Ararat —cuna tradicional del

Arca de Noé— en fechas idénticas a las que discurre la novela, y en compañía del más famoso escalador español, César Pérez de Tudela. Y es que Javier, como creo que ha quedado claro ya, no sólo explora meticulosamente cada uno de sus escenarios. A diferencia de otros autores de bestsellers, estudia al milímetro cada argumento que incluye en los mismos.

Puedo dar buena fe de ello, pues con excepción de las informaciones científicas o tecnológicas o de las concernientes al aparato gubernamental americano, los grandes temas que trata en esta novela me han fascinado desde siempre. Y, tras casi medio siglo de apasionamiento e investigación, no sólo no he encontrado un solo error o propuesta carente de fundamento, sino que su lectura me ha enriquecido con nuevos descubrimientos y sobre todo con conexiones que jamás había imaginado. Ésta es una de las características de la genialidad: ser capaz de conectar hechos conocidos con otros ignorados para crear una síntesis nueva y grandiosa.

En definitiva, mucho más allá del mero entretenimiento que proporciona su trama, propio de un *thriller*, *El ángel perdido* cumple una importante labor didáctica. Aúna magistralmente símbolos y mitos poderosos con multitud de informaciones científicas, históricas y ocultistas que resultan desconocidas para el gran público y tienen una actualidad que no puede ser más palpitante. Y, por supuesto, como todas las grandes obras, *El ángel perdido* también nos ayuda a encontrar respuesta a las grandes preguntas que inquietan al ser humano desde que tiene uso de razón: quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos.

«Sólo los ángeles pueden llamar a Dios», afirma el deán de Santiago al final de esta novela prodigiosa.

Si su autor se ha atrevido a intentarlo y lo ha hecho de una manera tan certera, seguramente se debe a que Javier Sierra también es un ángel perdido.

Bibliografía recomendada

Fuentes fundamentales

Sagrada Biblia (versión de Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1975.

Apócrifos del Antiguo Testamento (versión de Alejandro Díez Macho), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1984 (Tomo I).

El libro de Enoc el profeta (versión de R. H. Charles con prólogo de R. A. Gilbert), Edaf, Madrid, 2005.

El libro de Enoch (prólogo de Antonio Ribera), Ediciones 7 ½, Barcelona, 1979.

La epopeya de Gilgamesh (versión de Fabián Chueca Crespo y prólogo de José Luis Sampedro), Random House Mondadori, Barcelona, 2008.

Sobre ángeles y demonios

CLARE PROPHET, Elizabeth, *Ángeles caídos y los orígenes del mal*, Porcia Ediciones, Barcelona, 2008.

JOSEPH, Isya, *Devil Worship: The Sacred Books and Traditions of the Yezidiz*, Forgotten Books, Nueva York, 2007 (1919).

LEWIS, James R. y OLIVER, Evelyn Dorothy, *Angels, A to Z*, Visible Ink Press, Detroit, 1996.

MILTON, John, *El paraíso perdido*, Abada Editores, Madrid, 2005.

MINGANA, Alphonse, *The Yezidis: The Devil Worshippers of the Middle East*, Holmes Publishing Group, SequimWA, 2005.

PICKNETT, Lynn, *La historia secreta de Lucifer*, Planeta, Barcelona, 2007.

ROTTNER, J. S., *Libro de los ángeles*, Ediciones Abraxas, Barcelona, 2004.

SPÄT, Eszter, *The Yezidis*, Saqi Books, Londres, 2005.

Sobre el Arca de Noé

BALSIGER, Dave y SELLIER, Charles E., *En busca del Arca de Noé*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1978.

—, *El increíble descubrimiento del Arca de Noé*, Martínez Roca, Barcelona, 1997.

BERLITZ, Charles, *En busca del Arca perdida de Noé*, Plaza y Janés, Barcelona, 1988.

CORBIN, B. J., *The Explorers of Ararat*, Great Commission Illustrated Books, Long Beach, 1999.

FASOLD, David, *The Discovery of Noah's Ark*, Sidwick & Jackson, Londres, 1990.

IRWIN, James B., *More Than an Ark on Ararat*, Broadman Press, Nashville, 1985.

KIRCHER, Athanasius, *El Arca de Noé*, Ediciones Octo, Madrid, 1989.

KNIGHT, Cristopher y LOMAS, Robert, *Soñadores del Diluvio*, Oberón, Madrid, 2001.

LYNN PORTER, Deborah, *From Deluge to Discourse*, State University of New York Press, Nueva York, 1996.

RIVERO SAN JOSÉ, Jorge M.^a, *El «arka» de Noé y el origen del mito del Diluvio Universal*, Ediciones de Cámara, Barcelona, 1990.

RYAN, William y Pitman, Walter, *Noah's Flood*, Simon & Schuster, Nueva York, 1998.

SHOCKLEY, Don, *Agri Daghi, the Painful Mountain*, Teach Services Inc., Nueva York, 2006.

WESTERMAN, Frank, *Ararat: tras el Arca de Noé, un viaje entre el mito y la ciencia*, Siruela, Madrid, 2008.

WILSON, Ian, *Before the Flood*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 2004.

Sobre John Dee

- DEE, John (con notas de Luis R. Munt), *La mónada jeroglífica*, Obelisco, Barcelona, 1992.
- , *El jeroglífico monádico*, Humanitas, Barcelona, 1999.
- HARKNESS, Deborah E., *John Dee's Conversations With Angels*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.
- JAMES, Geoffrey (Ed.), *The Enochian Evocation of Dr. John Dee*, Weiser Books, San Francisco, 2009.
- LAYCOCK, Donald C., *The Complete Enochian Dictionary*, Askin Publishers, Londres, 1978.
- TYSON, Donald, *Enochian Magic for Beginners*, Llewellyn. St. Paul-Minnesota, 1997.
- VINCI, Leo, *An Enochian Dictionary: Gmicalzoma*, Authors on Line, Bedfordshire, 2006.

Sobre Santiago de Compostela y Noia

- ATIENZA, Juan G., *La ruta sagrada*, Robin Book, Barcelona, 1992.
- CHARPENTIER, Louis, *El misterio de Compostela*, Plaza y Janés, Barcelona, 1973.
- COBREROS, Jaime y MORÍN, Juan Pedro, *El camino iniciático de Santiago*, Ediciones 29, Barcelona, 1976.
- COBREROS, Jaime, *Camino de Santiago, geografía del espíritu*, Obelisco, Barcelona, 2004.
- GONZÁLEZ, Clodio y XOGAINA, Suso, *La iglesia y el cementerio de Santa María a Nova de Noia*, Diputación Provincial de A Coruña, 2003.
- PERADEJORDI, Julio, *Símbolos fundamentales del Camino de Santiago*, Obelisco, Barcelona, 2003.
- URRESTI, Mariano F., *Camino a la Atlántida*, Aladena, Málaga, 2008.

Sobre simbolismo

- ATTAR, Farid Uddin, *El lenguaje de los pájaros*, Visión Libros, Barcelona, 1978.
- DONNELLY, Ignatius, *Atlantis: The Antediluvian World*, The Echo Library, Middlesex, 2006.

- HASLL, Manly P., *Las enseñanzas secretas de todos los tiempos*, Ediciones MR, Barcelona, 2011.
- HARPUR, Patrick, *El fuego secreto de los filósofos*, Atalanta, Girona, 2010.
- KEEL, John, *Jadoo: The Astounding Story of One Man's Search into the Mysteries of Black Magic in the Orient*, Julian Messner, Nueva York, 1957.
- NAVARRETE, Javier, *La magia del espejo*, Zenith, Barcelona, 2008.
- TOMAS, Andrew, *Shambala, oasis de luz*, Plaza y Janés. Barcelona, 1980.
- TYSON, Donald, *The Power of the Word: The Secret Code of Creation*, Llewellyn, Woodbury-Minnesota, 1995.

Notas

1. Javier Sierra, *Las puertas templarias*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 2000.

2. Javier Sierra, *La ruta prohibida*, Planeta, Barcelona, 2007 (capítulo 11, «El campo de la estrella»).

3. Andrew Tomas, *Shambala, oasis de luz*, Plaza y Janés, Barcelona, 1980, p.86.

4. G. I. Gurdjieff, *Encuentros con hombres notables*, Editorial Solar, Santa Fe de Bogotá, 1997.

5. Javier Sierra, *La dama azul* (edición revisada), Planeta, Barcelona, 2008.

6. Frank Waters, *El libro de los hopi*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1963.

7. Josef Blumrich et. al., «Kasskara y el secreto de los 7 mundos», Extra n.º 1, revista *Mundo Desconocido*, Barcelona, marzo de 1980, pp. 114-122.

8. Frances A. Yates, *El iluminismo rosacruz*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, pág. 8.

9. Existe versión en español: John Dee, *La Mónada Jeroglífica*, Obelisco, Barcelona, 1992, traducción, introducción y notas de Luis R. Munt.

10. Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Crítica, Barcelona, 1994, p. 160.

11. Publicado originalmente en la revista *Weird Tales*, Nueva York, enero de 1927. Puede encontrarse una versión en español, por ejemplo, en la compilación de relatos de H. P. Lovecraft *El sepulcro y otros relatos*. Ediciones Júcar, Madrid, 1974, pp. 119-154.

* Enrique de Vicente es autor de ensayos como *Claves ocultas de El código Da Vinci*, *Los poderes ocultos de la mente* o *Claves ocultas de El símbolo perdido*.

Libro de claves de El ángel perdido
Javier Sierra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Equipo Picatrix, 2011

© Enrique Vicente, 2011 (por «Las raíces biográficas de *El ángel perdido*»)

© Editorial Planeta, S. A., 2011
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2014

ISBN: 978-84-08-13368-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com